



Francisco de Rojas Zorrilla

# **Primero es la honra que el gusto**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco de Rojas Zorrilla

## Primero es la honra que el gusto

### PERSONAS

LEONOR.

DOÑA ANA.

FLORA, criada.

DON FÉLIX.

DON JUAN.

DON RODRIGO, viejo.

PEPINO.

MÚSICA.

### Jornada primera

Salen DON JUAN por una parte, y FLORA por otra.

DON JUAN. El suceso del papel  
vengo a saber, bella Flora.

FLORA. Ya se le di a mi Señora,  
y aunque fulminó cruel  
un destrozo riguroso  
en sus amorosas penas  
(Mas muriendo entre azucenas  
no pudo morir quejoso),  
en sus ojos advertía,  
notando su indignación,  
que, allá dentro el corazón  
otros afectos sentía;  
y al primer lance, no es  
el desprecio muy severo,  
que al fin le leyó primero,  
aunque le rompió después.

DON JUAN. Pues, Flora, si le leyó,

no fue el romperle desdén.

FLORA. Y el modo del ser también  
mal desmentido mostró  
que la airada tempestad  
de aquel desagrado ingrato,  
fue más ley de su recato  
que enojo de su crueldad.

DON JUAN. ¿Qué esa cauta fullería  
brujuleaste en su semblante?  
Trueque ya en frutos de amante  
su flor la esperanza mía.  
Tal la dicha viene a ser  
que llevo indigno a lograr,  
que me obligas a ignorar  
los modos de agradecer.  
Este diamante ya veo,  
Flora, que es inferior paga:  
no la deuda satisfaga,  
acredite mi deseo.

FLORA. Mil años, sin que a tu amor  
se atreva esquivo desdén  
amante Matusalén  
goces, don Juan, de Leonor.  
(Ap. Buenos mis enredos van;  
la trampa ha sido cruel:  
ni a Leonor di tal papel  
ni conoce a tal don Juan;  
toda alcahueta se ajuste  
a imitar mi proceder,  
que a un galán se ha de vender  
a diamante cada embuste.)

DON JUAN. ¿Que al fin dices, Flora mía,  
perdóname lo cansado,  
que mostraba algún cuidado  
cuando mi papel leía?

FLORA. Digo que atenta la vi  
decir, cuando le leyó,  
con un gustillo, que no;  
mas con los ojos, que sí.

DON JUAN. Ay Leonor: hoy de tu gracia  
los halagos gozaré;  
siempre este lance juzgué  
por el de más eficacia.  
(Ap. Quien las criadas granjea,  
consigue un medio importante.)

FLORA. (Ap.) ¡Qué fácilmente un amante  
cree las nuevas que desea!

DON JUAN. De tu diligencia fío,  
la dicha de mi esperanza.

FLORA. Buena será la fianza,  
remite al cuidado mío.

Pero aguarda: mi Señora  
y su padre, don Rodrigo,  
viene, no te hallen conmigo;  
Vete, don Juan.

DON JUAN. Adiós, Flora.

FLORA. Presto, que salen.

DON JUAN. No olvides  
mi amor, que hoy he de fundar...

(Vase.)

FLORA. Seguro puedes estar...

(Ap. De que no haré lo que pides.)

Salen LEONOR y DON RODRIGO.

RODRIGO. ¡Notable es tu condición!

LEONOR. No la culpes hasta oírme.

RODRIGO. ¿Qué razón puedes decirme,  
que abone esta sinrazón?

¿Todos, di, no culparán  
por error inadvertido,  
que no admitas un marido  
que es noble, rico y galán?

LEONOR. No es replicar proponer

aquello a que no me ajusto;  
sigue tú después tu gusto,  
pero oye mi parecer.

Tan obediente a tu arbitrio  
me he de sujetar, que quiero  
que sea tuya la elección  
y mío el consentimiento;

pero permite; negado  
a apasionado efectos,  
a la razón el oído,

y a la prudencia el acuerdo:  
don Juan Osorio es galán,

noble y rico, pero es necio;

mide, Pues, esos esmaltes  
sólo con este defecto,

y yo sé que en mi favor  
sentenciará tu consejo;

pues bien puedo asegurar  
que si procedes atento

a la obligación de padre,  
no has de consentir severo,  
por hacerme rica, hacerme

desdichada, siendo menos  
grave pensión la de pobre:  
aunque yo, Señor, entiendo  
que es rico el pobre que vive  
con su fortuna contento.

RODRIGO. Muy bachillera estás, hija;  
templa ese estilo, advirtiéndome  
que en el verdor de tus años  
pierden fuerza los consejos.  
Si es necio don Juan, es rico,  
Leonor, y en aqueste tiempo,  
quien puede más, vale más,  
porque los merecimientos  
fallecen desanimados  
si del oro a los reflejos  
no se esfuerzan; el que es pobre,  
no puede ser noble, puesto  
que no lo puede ostentar,  
que es lo mismo que no serlo.  
Pues serio para sí solo  
es rigor más que consuelo,  
porque viene a ser forzarse  
a obrar siempre con respetos  
se quien es, y no poder  
elegir indignos medios  
para vivir, con que tiene  
de noble (¡grave tormento!)  
Sólo las obligaciones  
y no, Leonor, los provechos.

LEONOR. Y si yo, padre, probase  
que el que no fuere discreto  
no será rico, ¿sintieras  
otra opinión?

RODRIGO. Eso es bueno;  
por reírme de tu error  
permitiré el argumento.

LEONOR. El ser rico no consiste  
en tener dicha o acierto  
para adquirir; sólo estriba  
en tener buen regimiento  
para saber conservar  
lo adquirido; claro es esto.  
Porque ¿qué importa que abunde  
yo en venturosos aumentos  
si en pródigos desperdicios  
los consumo y desvanezco?  
El saber, pues, conservar

es acto feliz de un pecho  
que a la luz de la razón  
regula su entendimiento,  
de éste se halla destituido  
el que es ignorante, luego  
carecerá de cordura,  
pues si le falta lo cuerdo  
vivirá mal ordenado,  
siendo consecuencia de esto  
que todo lo que adquiriere  
disipará; de que infiero  
que nunca podrá ser rico  
el que no fuere discreto.

RODRIGO. (Ap. ¡Qué entendida está Leonor!

Que me ha vencido confieso.

¡Qué bien la crió su madre!

Fue de cordura un portento.)

Mejor sabré yo elegir

lo que te importa, pues debo

dos veces asegurarme

facilitando el acierto:

la primera por lo padre,

la segunda, por lo viejo.

(Ap. Don Félix de Acuña es grande

amigo mio: yo quiero,

pues lo es también de don Juan,

que me ayude en este intento.)

Adiós, mi Leonor, que voy,

a procurarte este empleo. (Vase.)

LEONOR. Tuya es mi voluntad: airada suerte;

mejor dijeras a trazar mi muerte,

a eternizar violencias a mi gusto,

a sujetarme al cautiverio injusto

de quien por necios modos

guerra ha de ser e mis sentidos todos.

¡Ay amor! ¡ay don Félix! si del alma

has conseguido merecida palma,

y si eres tú el que ahora más me anima,

rígela de manera que redima

lo fiero de este golpe ejecutivo;

no he de vivir sin ti, pues por ti vivo.

FLORA. Señora, injustamente formas quejas

de tu padre, pues tú guiarte dejas

de lo que a su interés es conveniencia;

y en estos lances, aunque tu obediencia

se revele...

LEONOR.

Detente,

no pases adelante neciamente  
y, pues lo ignoras, es razón que entiendas  
que las mujeres, Flora, de mis prendas,  
en este caso y en cualquier intento,  
nunca se han de oponer al sentimiento  
de su padre, que cuerdo y vigilante  
sabr a elegir en todo lo importante;  
sólo por reducirle y ablandarle  
persuadirle podré, no replicarle;  
porque, o lo apoye el gusto, o lo repruebe  
obedecer con sujeción se debe.

FLORA. Ese portarse, yo no le recuso;  
pero siento que no es vivir al uso,  
que en la presente edad son en sus bodas  
fiscales, jueces, y aun agentes todas.

LEONOR. Ven, Flora; y si me deja mi fatiga  
escribiré un papel en que le diga  
a don Félix la pena con que lucho.

FLORA. El llevar malas nuevas siento mucho;  
mas distingo el porqué, de virtud lleno,  
mas por mi mal, que no por el ajeno,  
que en tales ocasiones  
los amantes están muy preguntones,  
muy haza eros, muy desaforados,  
y sólo en dar el porte reportados. (Vanse.)

Sale DON FÉLIX, solo, con una carta.

DON FÉLIX. Esta es carta de Violante,  
a quien galán festej e  
en Sevilla, y siempre hallé  
en lo severa constante.  
Si mi ausencia ha despertado  
ardores en su tibieza,  
perdone, que otra belleza  
es dueño de mi cuidado.  
Y aunque en ella su beldad  
presuma ser maravilla  
siendo dama de Sevilla,  
será dama de ciudad.  
Y el garbo, el aire, el primor  
de las bellas cortesanas  
har an titubear las canas  
del más recto senador.  
Si para pintallas tomo  
la pluma, sólo diré  
que tienen un no sé qué,  
con que matan no sé cómo.

(Abrela.)

Quiero, pues, leerla, aunque no  
consiga fineza mía:  
bien poca prisa tenia,  
pues odo el pliego escribió.  
¡Qué prolija impertinencia!  
Más parece, y lo sospecho,  
información en derecho  
que carta ¡Lo que una ausencia  
descubre en una mujer!  
Vive Dios, que he de romperla.  
Porque ¿cómo para leerla  
ánimo podré tener?

Rómpela en dos partes, y sale FLORA con un papel al paño.

FLORA. Solo don Félix está  
y ahora un papel rompió.  
Lo poco que he visto, no  
buenas sospechas me da.  
Lo que aquí me toca es,  
a fuer de buena criada,  
suspender esta embajada,  
Oír, y hablar después.

DON FÉLIX. Sólo a ti bella deidad,  
con decente adoración  
se humilla mi corazón,  
se postra mi libertad:  
blasone con vanidad  
mi amor, de que ha merecido  
la vitoria de rendido  
a tanto hermoso primor,  
que siendo tú el vencedor  
puede triunfar el vencido.

FLORA. (Ap.) No determina sujeto  
el tal don Félix, y así  
la curiosidad en mí  
no conseguirá su efeto,  
si coger pudiese ahora  
aquel papel que rompió,  
¡Qué dichosa fuera yo  
si le viera mi Señora!  
Pardiez, que emprenderlo puedo,  
pues él está divertido;  
bájome sin hacer ruido,  
y alargo la mano; un dedo  
me falta para llegar,  
pues extender bien el brazo;  
ya está en casa el un pedazo,  
el otro se ha de pescar



con el mismo tiempo pues.

DON FÉLIX. Quiero sin que me levante...

¡Válgate Dios por Violante!

(Túrbase FLORA, y encoge el brazo.)

FLORA. (Ap.) Malo es esto: cierto es

Mi recelo; pero yo

prosigo, bien me prevengo,

ya entrambas mitades tengo,

lindamente sucedió.

La que es alcahueta fiel

a hacer todo esto se obliga;

señores, nadie le diga

que yo lo cogí el papel. (Vase.)

DON FÉLIX. Razón es reconocer

que fue indecente el desmán,

poco uso de lo galán

siendo el papel de mujer.

No enmendar la grosería

pasará de necedad,

Obre la curiosidad

si no la galantería.

En mí quiero leerle, aunque

ofendido el gusto puede.

(Sale a buscar, y túrbase.)

¿Qué es esto que me sucede?

¿Pues aquí no le arrojé

en dos partes dividido?

¿Cómo lo puedo dudar?

A nadie he sentido entrar,

yo he de perder el sentido.

Busca el papel volviendo d una parte y a otra, y sale PEPINO, gracioso.

PEPINO. ¿Qué anda buscando mi amo?

Su juicio debe de ser;

temo que den en Toledo

estos amores con él.

Señor.

DON FÉLIX.                   Pepino.

PEPINO.                       ¿Qué tienes?

¿Qué es esto? sosiégate.

¿Estás pensando en arbitrios,

o versificas? pues bien;

¿No me respondes?

DON FÉLIX.                                       Si es tuya

la burla, declararé

que estás cansado.

PEPINO.                                       No estoy,

que no he hecho ejercicio.

DON FÉLIX.

Ya es

tu desatino insufrible,  
dame la carta.

PEPINO.

¿La qué...

DON FÉLIX. la carta que ahora rompí.

PEPINO. La carta, ya la llevé  
a la estafeta.

DON FÉLIX.

Villano,

Vive el ello, que he de hacer...

PEPINO. Como no me hagas cartero,

haz cuanto quisieres (él  
está loco); no te espantes  
de que no te entiendo, pues  
de suerte te vengo a hallar  
de oscuro y cerrado, que  
he menester comentarte  
para haberte de entender.

DON FÉLIX. Pepino, no en todos tiempos  
tan desatinado estés.

PEPINO. Mil corchetes lleven mi alma,

que en el reino de Luzbel  
son sota diablos, si tal  
carta he visto, ni veré.

DON FÉLIX. No apures más mi impaciencia.

PEPINO. Yo soy muy hombre de bien;

y en materia de tomar,  
es mi conciencia tan fiel,  
que ni vivo en la provincia  
ni he sido sastre montés.

DON FÉLIX. Tres dios ha, Leonor bella,

que no he visto amanecer  
de tu beldad soberana  
la purpúrea candidez.  
Hubiera muerto de ausente  
a no animarme la fe,  
que impresa en mi pecho vive  
sin remedios del pincel.  
Voy a ver si de tus ojos  
luces puedo merecer,  
y si no de tus paredes  
lo exterior adoraré. (Vase.)

PEPINO. Juro a Cristo, hablando en veras,

que aqueste es un caso en que  
todo mi juicio, aunque es poco,  
emplear he menester.

Sale DOÑA ANA, alborotada, con manto.

DOÑA ANA. Hidalgo, por vuestra vida,  
que a una mujer amparéis,  
que del sagrado se vale  
desta casa por vencer  
un peligro en que su honor  
tormenta puede correr.  
Siguiéndome un hombre viene,  
y importa ocultarme dél;  
y aun si aquí me ha visto entrar  
segura dél no estaré.  
Para pasar a esta sala,  
licencia me dad cortés,  
hasta que del grave empeño  
deste riesgo libre esté.

(Entrase por una de las dos puertas que ha de haber a los dos lados.)

PEPINO. Tarabilla, fondo en ceño,  
si vos lo decís y hacéis  
desta manera, excusado  
el pedir licencia fue.  
¿Cosa que entrase el tal hombre,  
que muy contingente es,  
a reñir conmigo el caso,  
por qué me he metido a ser  
don Pepino de Niquea,  
pues defiendo a esta mujer?  
Por asegurar mi miedo  
a cerrar la puerta iré;  
pero con Leonor, mi amo  
vuelve aquí (¡lance cruel!),  
ella vendría hacia casa  
cuando iba a buscarla él.  
Con esta mujer cerrada,  
¿Qué haré? si Leonor la ve,  
habrá cruel carambola,  
y sobre mí ha de llover  
la peor parte; ellos llegan,  
terrible el aprieto es.  
Sólo este remedio alcanzo,  
no sé si le lograré.

(Llega a la puerta.)

Oyes, torbellino, trueno,  
rayo, demonio o mujer,  
que todo es uno, no salgas  
deste aposento basta que  
te avise; desta manera  
excusar quizá podré  
que Leonor la vea, y luego

con Bercebú la echaré.

Salen DON FÉLIX, LEONOR Y FLORA, con mantos.

DON FÉLIX. Hermosísima Leonor,

¿Cómo haces cielo esta casa?

Templa empeños, que ya pasa

a ser exceso el favor;

no pródigo el resplandor

que en tu beldad se atesora,

tanto madrugue, Señora,

nuncio sea un arrebol,

que para que nazca el sol

sale primero la aurora.

Este franco amanecer,

de hermosa es desconfiar

pues no, no para matar

toda tú te has menester;

el jazmín o el rosicler

vence en tus mejillas bellas,

sin que fulmines centellas

de esos rayos superiores,

que si matas con las llores,

¿Para qué son las estrellas?

LEONOR. Quien os oyere tan tiernas

demonstraciones de amante,

tan cariciosos afectos

de un alma que humilde yace

juzgará que vuestro amor

sólo aspira a eternizarse

constantemente en lo fino,

finamente en lo constante;

pues yo que debo noticias

de una verdad a un examen

curioso, más advertida

en la fe, sabré portarme.

PEPINO. (Ap.) Mientras se dicen los dos

veinte y cuatro disparates,

que fueran cuarenta y nueve

si cupiera el asonante,

nos podemos ir nosotros

allí dentro a hacer aparte

nuestros papeles, Florilla.

FLORA. (Ap.) ¿No ve que es un ignorante

Ero? vuesarced, mi Rey,

o mi Roque, ¿pues no sabe

que un pepino y una flor

nunca traban maridaje?

PEPINO. Anda, que eres una necia;

no en flores el tiempo gastes,  
que aunque el Papa no dispense,  
podrán en aqueste lance  
el pepino enflorescerse  
y la flor empepinarse.

(Vanse Pepino y Flora.)

DON FÉLIX. ¡Que lo firme de mi afecto  
con falsas dudas agravies,  
cuando a premiarle era justo  
que franca te adelantases!  
Desvanece esas sospechas,  
no tu crédito embaracen,  
y debate la razón  
el estar más de su parte.  
Porque tan ciego te adoro,  
que idólatra de tu imagen  
la imprimo en el corazón  
con tan rebelde carácter,  
que no han de alcanzar en ella  
jurisdicción las edades.

LEONOR. Señor don Félix, templad  
hipérboles, que es muy tarde  
para prevenir remedios  
a tan peligroso achaque.  
Yo he sabido ya que sois  
tan abonado tratante  
en empleos amorosos,  
que porque jamás no falte  
correspondencia tenéis  
(resguardo importante y fácil)  
en Madrid una Leonor,  
y en Sevilla una Violante.

DON FÉLIX. Si a tal Violante conozco,  
plegue al cielo que no alcance  
de tu beldad, Leonor mía...

LEONOR. No, no paséis adelante,  
Mirad bien lo que decís,  
porque han llegado a informarme  
del empeño que tenéis  
con esta dama, tan grande  
indicios, mejor dijera,  
tan evidentes verdades,  
que aun no concibo una duda  
que mi crédito desmaye.

DON FÉLIX. Que esa mujer no conozco,  
Leonor, te aseguro; y antes  
de culpar mi amor, debieras

con más acierto informarte.

LEONOR. ¿Ni esa carta conocéis?

DON FÉLIX. (Ap.) Por Dios que es la de Violante;  
¿Cómo ha podido llegar  
a sus manos? ¡Fuerte lance!

LEONOR. ¿Decid ahora que crea  
vuestras finezas, que pague  
vuestro amor, y que en el pecho  
impresa adoráis mi imagen...

DON FÉLIX. Ahora, pues, más rendido  
puedo a tus ojos postrarme,  
y tú más benigna ahora  
debes franquearme hospedaje;  
y en tu piedad, porque juzgo  
que es más razón declararte  
obligada que ofendida,  
apura, pues, vigilante  
este delito; ¿tú fundas  
la queja en que averiguaste  
en esa carta tus celos?  
Justo es también que repare  
en que a tus manos llegó  
quejosa de aquese ultraje  
que fulminó mi rigor;  
luego puedo asegurarte  
que pues la rompí severo  
no la correspondo amante.

LEONOR. Qué fácilmente, don Félix...

Salen PEPINO y FLORA.

FLORA. ¿Señora?

PEPINO. ¿Señor?

FLORA. Tu padre.

PEPINO. Sube ya por la escalera.

LEONOR. ¡Ay de mi! si acaso sabe...

DON FÉLIX. No te detengas, Leonor;  
en esta sala al instante  
te oculta; abre aquí, Pepino.

PEPINO. Se me ha perdido la llave  
desta puerta (esto era bueno);  
por Jesucristo, más fácil  
será entrar en esta pieza.

DON FÉLIX. Abre cualquiera.

LEONOR. ¡Qué grave  
Susto padezco!

DON FÉLIX. Conmigo,  
ningún riesgo te acobarde.

(Escóndese Leonor.)

Sale DON RODRIGO.

¿Señor don Rodrigo?

DON RODRIGO. El cielo,  
señor don Félix, os guarde.

DON FÉLIX. ¿En qué os sirvo? ¿Qué ocasión  
a honrar esta casa os trae?

DON RODRIGO. Hablaros quisiera a solas.

DON FÉLIX. Pon aquí sillas, y salte  
allá fuera.

PEPINO. (Ap.) Ya obedezco;  
cuidado me da bien grande  
esta tapada, yo temo  
algún suceso de Marte. (Vase.)

LEONOR. Aún no sosiego...

DOÑA ANA. (Ap.) De suerte  
se van enlazando lances,  
que pienso que aquí escondida  
hasta la noche he de estar.

DON RODRIGO. Las hijas, don Félix, son  
en la obligación de un padre,  
que debe correspondencias  
nobles a su heroica sangre  
el cuidado que más rinde  
la opresión que más combate.  
Ciegas en su juventud,  
no saben aconsejarse  
con la prudencia, y como es  
su naturaleza frágil,  
en el piélago de afectos,  
y ocasiones naufragantes,  
peligran; ¡oh! tema cuerdo  
el piloto destas naves:  
desvélese providente,  
prevéngase vigilante,  
que tiene para esperar  
poco feliz su pasaje,  
mucho que las aventure  
y nada que las resguarde.

DON FÉLIX. (Ap.) No me contenta el proemio;  
pero cuerdo he de portarme.

DON RODRIGO. Señor don Félix de Acuña:  
la amistad que vuestro padre  
y yo estrechamos sirviendo  
en los Estados de Flandes,  
os ha de obligar ahora  
a no ocultarme verdades,  
que es preciso averiguar

en un negocio importante.  
Vos sabéis mucho de historias,  
y de todos los linajes  
de España.

DON FÉLIX. Confesar puedo  
que he negado a ociosidades  
el tiempo, y que a aqueste estudio  
mi inclinación me persuade,  
que ya, señor don Rodrigo,  
se ha hecho más venerable  
con profesarle, advertido,  
el más bizarro, el más grande  
sacro monarca del mundo.

DON RODRIGO. Decidme, pues, si la sangre  
de don Juan Osorio puede  
sin escrúpulo mezclarse  
con quien le pretende hacer  
su yerno.

DON FÉLIX. (Ap.) ¡Qué pena! ¡al fácil  
impulso de aquesta voz  
muerta mi esperanza yace!

LEONOR. (Ap.) ¡Que en violentar mi albedrío  
se empeñe tanto mi padre!

DOÑA ANA. (Ap.) ¡Qué escucho! ¡fuerte rigor!  
¿Don Juan de Osorio casarse  
con otra, cuando en mi pecho  
logra amorosas piedades?

DON FÉLIX. (Ap. Aunque me cueste la vida  
ha de ser tuerza aprobarle.)  
Todas las prendas que pueden  
hacer envidiado y grande  
a un caballero, concurren  
con bien gloriosos esmaltes  
en don Juan; estad seguro  
que en lo ilustre de la sangre  
de mal ya formadas dudas  
ni aun el peligro no cabe.

DON RODRIGO. Buenas nuevas me habéis dado;  
decidme, así Dios os guarde,  
¿no estará Leonor gustosa?  
¿Mil gracias no podrá darme  
por tal dueño?

DON FÉLIX. Señor, eso  
las historias no lo saben;  
consultadlo con su gusto.

(Ap. ¡Qué este pesar no me mate!)

DON RODRIGO. Mi gusto es el suyo; voy



a concluirlo al instante.

¿Qué hacéis, don Félix?

DON FÉLIX. Salir

a acompañaros.

DON RODRIGO. En balde

intentaréis tal suceso;

mirad que...

DON FÉLIX. No he de quedarme.

(Vanse.)

Sale DOÑA ANA, tapada

DOÑA ANA. Yo me resuelvo a salir,

que esta es buena ocasión, antes

que otros estorbos lo impidan,

que tiempo ha habido bastante

para que mi hermano, que es

a quien encontré en la calle

y de quien huyendo entré

en esta casa a ocultarme

porque no me conociera,

haya pasado adelante;

es mi hermano muy marido.

LEONOR. ¿Qué paciencia habrá que baste

a sufrir lo que estoy viendo?

Vive el cielo ¡pena grave!

Que en aquella sala oculta...

no puedo hablar... el coraje,

la voz me ahoga en el pecho.

DOÑA ANA. ¡Ay, don Juan! no has de casarte,

aunque me cueste la vida.

Va a salir doña Ana, y entra DON FÉLIX y piensa que es Leonor.

DON FÉLIX. (Ap. Logre la suerte crueldades,

en quien...) ¡Señora, mi bien!

LEONOR. ¡Qué esto escuche!

DON FÉLIX. No recates

estas estrellas que al sol...

aguarda, espera, no pases.

(Entrase doña Ana; don Félix quiere ir siguiéndola y al entrarse detiene Leonor muy enojada.)

LEONOR. ¡Que a una mujer de mis prendas

esto le suceda! Antes

será bien que os agradezca

esta fineza.

DON FÉLIX. ¡Notable

caso! ¿Es verdad o ilusión

lo que veo? ¿Por qué parte

pudo ser?

LEONOR.                    Señor don Félix,  
no es hazaña, no es galante  
trofeo engañar así  
a mujeres principales.

DON FÉLIX. ¿Cómo engañar, Leonor mía?  
Vive el cielo, que constante...

LEONOR. Vive el cielo, que es acción  
infame el no embarazarse  
de tan vil correspondencia,  
que a mis ojos... Pero calle.

DON FÉLIX. Señora Leonor, advierto  
que injustamente...

LEONOR.                    Dejadme,  
no encendáis más este fuego  
Que con saña penetrante  
abrsa mi corazón;  
pues yo, yo sabré vengarme;  
y ya que excusar no pueda  
de mi flaqueza el desaire,  
sabré enmendarle de suerte  
que os asombren, que os espanten,  
de una mujer ofendida  
soberbias temeridades.

DON FÉLIX. ¡Que esto me suceda, cielos!  
¿Qué mujer pudo ocultarse?  
¿Cuándo? ¿Cómo? Estoy sin juicio.

LEONOR. Pues no le perdáis, cobradle,  
que no importa que esté oculta  
en vuestra casa Violante,  
que no es mal huésped don Félix.

DON FÉLIX. ¿Qué, la verdad no me vale  
en esta ocasión, Leonor?  
Plegue al cielo que me abrasen  
de un rayo el voraz incendio,  
que escandalizando el aire  
del pardo horror de una nube  
pavoroso aborto baje...

LEONOR. Vaya, proseguid, que ya  
lo fingido con lindo aire.

DON FÉLIX. Plegue al cielo que una fiera  
sañuda me despedace,  
o que sea de mi vida  
feroz alimento un áspid.

LEONOR. ¿Maldiciones? otra culpa;  
vulgarísimo desaire.

DON FÉLIX. Sino te venero humilde,  
si no te adoro constante,

si conozco a esa mujer,  
pues aunque has visto que sale  
ahora de ese aposento,  
por Dios, que he estado ignorante  
de que se ocultaba en él;  
y lo que pudo obligarme  
a seguirla fue pensar...

LEONOR. ¿Que era yo? Disculpa fácil,  
cierto que os debo infinito,  
don Félix.

DON FÉLIX. Si no es bastante  
aquesta satisfacción,  
mi bien, para asegurarte,  
forma, despide, fulmina,  
severa, airada, implacable,  
rigores, iras y enojos;  
que humilde, rendido, amante,  
perseveraré sufriendo,  
que tuyo he de eternizarme,  
sino a pesar de fatigas,  
firme a pesar de pesares.

LEONOR. ¿De qué ha servido cansaros  
en ese amoroso alarde,  
si mucho menos ahora  
os he creído que antes?

DON FÉLIX. Eso es matarme, Leonor.

LEONOR. Eso es, don Félix, vengarme.

DON FÉLIX. ¡Que no creas mis finezas!

LEONOR. ¡Que no pagues mis verdades!

DON FÉLIX. Yo te adoro.

LEONOR. Tú me ofendes.

DON FÉLIX. Firme soy.

LEONOR. Eres mudable.

DON FÉLIX. Mira bien...

LEONOR. Son evidencias.

DON FÉLIX. Oye disculpas.

LEONOR. Es tarde.

DON FÉLIX. No tan airada a mis ruegos...

LEONOR. En vano me persuades.

DON FÉLIX. Pues en rigor tan crecido...

LEONOR. Pues en tormento tan grave...

DON FÉLIX. ¡Valedme, cielos, valedme!

LEONOR. ¡Vengadme, cielos, vengadme!

Jornada segunda

Salen DON JUAN, y DOÑA ANA con manto.

DON JUAN. Doña Ana hermosa, dulce prenda mía,  
que has madrugado a duplicar el día,  
siendo entre más lucidos arrebales,  
cada lucero tuyo muchos soles;  
siendo, negada a frágiles desmayos,  
cada mejilla tuya muchos Mayos;  
pues heredan en vida a tus primores,  
luz las estrellas y verdor las flores;  
débate confianza más segura  
un alma, que al poder de tu hermosura,  
rinda la libertad más presumida  
que de poder triunfar de ser vencida;  
Tú serás sola, ¡oh adorado dueño!  
Debida recompensa a tanto empeño,  
de mi amor, de mi fe, de mi cuidado,  
el empleo, el objeto y el sagrado.  
(Ap. Finjo, por lo que debo a su decoro,  
que a esta aborrezco y a Leonor adoro.)

DOÑA ANA. (Asegurada quedo, aunque celosa;  
vine, pues miro en él tan afectuosa,  
y tan firme su fe con mi esperanza  
no será bien mostrar desconfianza);  
justo es que se asegure mi advertencia  
de que no has de negar corresponden  
a un afecto tan ciego,  
que fue posible a tu amoroso fuego,  
y que fue tan profundo mi recato  
por ser contigo fiel, conmigo ingrato;  
tan poderosa obligación no no creo,  
que la ha de atropellar otro deseo,  
que ni en tu sangre presumir se debe  
de vulgar proceder, acción aleve,  
ni cuando inadvertido y desatento  
se osara revelar tu atrevimiento  
contra... Pero enmudezca el necio labio  
que ni aun temido he de sufrir mi agravio

DON JUAN. Yo, mi bien, te venero tan constante,  
tan ciegamente amante,  
que de mi activa llama o la porfía  
pasa de amor y llega a la idolatría  
Pues...

DOÑA ANA. Ya en una fe que llega a extremos  
retóricos apoyos afectemos,  
que la que tanto en ambos se acredita  
no de ponderaciones necesita,

y en lo muy bachiller, así lo siento,  
la voluntad parece cumplimiento,  
el amor ha de ser, para ser fino,  
portugués envainado en vizcaíno.

DON JUAN. Ya mudo tu belleza reverencio;  
enmudezca la voz, hable el silencio.

DOÑA ANA. Muda, pues, a mi afecto haré más sabio  
hablen los ojos y enmudezca el labio.

DON JUAN. (Ap.) Harto finjo, Leonor, por obligarte.

DOÑA ANA. (Ap. Harto me animo, honor, por esforzarse  
pues adiós, mi don Juan, que mi esperanza  
va navegando en próspera bonanza.

DON JUAN. Más vida pertenece a mi ventura:  
Clicie he de ser del sol de mi hermosura.

DOÑA ANA. No has de ir conmigo, que si cuidadoso,  
como anda celoso,  
de mis pasos mi hermano fuere espía,  
sola es mejor que me halle.

DON JUAN. Ya del día  
lloro el ocaso, pues tu ausencia lloro.

DOÑA ANA. Tu sangre, mi razón y mi decoro,  
dan voces en tu pecho mudamente;  
no te niegues, don Juan, a lo decente,  
que mujeres airadas, no te asombre,  
no son mujeres, sino más que hombres. (Vase.)

DON JUAN. Bien defiende su justicia;  
pero está muy pertinaz  
el juez; sobornole amor  
con otra hermosa deidad.  
Avasallase a su imperio;  
y así, ciego en el obrar,  
arde en esta llama tibio  
Y en la otra llama inmortal.

Sale FLORA con un papel.

FLORA. Buenas nuevas, buenas nuevas.  
¡Albricias, señor don Juan!

DON JUAN. Flora mía, flor hermosa  
de aquel Mayo celestial,  
rayo de aquel sol divino  
de quien puede mendigar  
luz el que de aqueste globo  
es antorcha universal,  
¿De qué dicha me aseguras  
feliz vitoria? No ya  
con suspensiones tu voz  
dilata mis glorias más.

FLORA. De mi ama, cuando menos,

os traigo un papel; catad  
si vos hará buena pro  
bocado que es dulce asaz.

DON JUAN. ¿Papel de Leonor? Un mundo  
para premiarte, será  
corta recompensa.

FLORA. Sabe  
Su Divina Majestad,  
don Juan, que fueron mis ruegos  
tenazas, y en su crueldad  
clavó el papel; forcejemos,  
yo tirar y el a cejar.  
Emperreme, agarré bien,  
y de un tirón, a pesar  
de su fuerza, le arranqué  
de su recato. Mirad  
si con tal perro de ayuda  
podrá vuestro amor pelear.

DON JUAN. Toma esta cadena, sea,  
no paga, sino señal  
de mi afecto; y dame, Flora  
ese tesoro, en que está  
cifrada de mi deseo  
la mayor felicidad.

FLORA. Admito el trueque. (Ap. Si medio  
pliego de papel no más  
paga así un amante, ¿a cómo  
cada resma le saldrá?)

DON JUAN. ¡Con qué alborozo a esta dicha  
todos mis sentidos van!

(Lee) « Para remedio de cierto disgusto en que corre tormenta mi libertad, necesito de  
hablaros esta noche en mi casa; suplicoos que estéis en ella a tiempo en que por estar fuera  
o recogido mi padre, pueda tener seguridad de que no os vea. El cielo os guarde. -Leonor».

A un favor tan declarado,  
¿Quién se halla tan incapaz  
de merecerle? ¿Qué extremos  
desempeñarle podrán?

FLORA. (Ap.) ¡Ay, mi don Juan de buen alma,  
qué fácil sois de engañar!  
¡Cómo después esa miel  
se os ha de volver agraz!

Salen DON FÉLIX y PEPINO.

DON FÉLIX. ¿Señor don Juan?

DON JUAN. ¡Oh don Félix,  
a qué buen tiempo llegáis!

DON FÉLIX. (Ap.) ¿Qué miro? ¡Valgame el cielo!  
¿Flora en casa de don Juan?

FLORA. (Ap.) De verme aquí tendrá celos  
don Félix; pero él sabrá  
presto la verdad del caso.

DON JUAN. Ayudadme a celebrar  
el triunfo más soberano  
de la más bella deidad  
a quien en su templo, amor  
construye sagrado altar.  
que Pues a los dos informa  
la ley de una voluntad,  
lo que fuere gusto mío  
interés vuestro será.  
aquella dama, de quien  
os hablé tres días ha,  
aunque en su rigor entonces  
se mostró tan pertinaz,  
sosegado el cespó orgullo  
de su airada tempestad  
en el puerto de su pecho  
se abriga mi nave ya.  
Aquesta criada ahora  
un papel suyo me trae,  
que de su amorosa llama  
confirmadas muestras da.  
Mirad si debo a esta dicha  
festiva solemnidad,  
cuando aunque indigna sus aras  
la adoración llegará.

PEPINO. (Ap.) No es nada lo que le ha dicho,  
poco turbio es el don Juan.

DON FÉLIX. (Ap.) ¿A quién le habrá sucedido  
caso cómo este jamás?  
¡Pues no he muerto a la violencia  
de tan sañudo pesar,  
o aprendo para insensible  
o estudio para inmortal.

DON JUAN. ¿Qué decís de mi ventura?

DON FÉLIX. Digo, que es justo estimar  
favor, que aun vuestro deseo  
no pudo crecerle más.  
(Ap. Sin alma estoy y estoy vivo,  
¡Oh! abráseme este volcán  
de mis celos, como celos  
de mis agravios, que ya  
aun se ha negado a mi pena

el alivio de dudar.  
¡Que sufra a mis ojos esta  
infamia!) Señor don Juan,  
no es razón que malogréis  
esta visita, que os da  
nuevas de tanto favor  
por mí; yo os quiero dejar,  
que esta tarde os buscaré  
desocupado.

DON JUAN. Esperad.

DON FÉLIX. Esa atención es primero.

DON JUAN. Para todo habrá lugar.

DON FÉLIX. No, no quiero embarazaros.

DON JUAN. Vos nunca me embarazáis.

DON FÉLIX. Rabiando voy a morir. (Vase.)

FLORA. (Ap.) Chispeando de celos va.

DON JUAN. Desazonado advertí

a don Félix, aunque más  
se esforzaba, que una pena  
siempre se desmiente mal;  
iré siguiéndole, Flora,  
de aqueste papel será  
mi obediencia la respuesta;  
y adiós, adiós, que alcanzar  
a don Félix es forzoso. (Vase.)

FLORA. El cielo os guarde, don Juan.

PEPINO. Taimada, proto alcahueta,  
que sin duda es Satanás.

Tu catedrático en esta  
doctrina de alcahuetear;  
de las bolsas el ce ce,  
de los chismes el cis zas,  
cocinera de embelecocos  
que con su pimienta y sal  
los guisas, cual digan beatas,  
¿Cómo, di, sin más ni más  
en el signo Capricornio  
ha puesto a don Félix ya  
esta tu ama? Di, ¿cómo  
es con él tan liberal  
de los tallos que se crían  
en Medellín? Ven acá,  
dame al punto cuenta desto,  
que está mi curiosidad  
a la muerte por saber  
el caso.

FLORA. Pues allá ya



porque no mal para; escuche,  
señor mío: en Madrid no hay  
dama ninguna que pueda  
con solo un galán pasar,  
porque son tan redomados  
aun los más finos, que ya  
cualesquiera dellos es  
de su bolsa más galán  
que de su dama; y así,  
mi ama quiere imitar  
el común estilo, haciendo  
como todas las demás;  
que galanes y camisas  
siete se han de remudar  
cada semana.

PEPINO. Setenta,

y falta nos pueden dar  
las tales hembras. ¡Mal año!  
¡Fuego, fuego de alquitrán  
en sus mañas y en sus mozos  
que un amén no faltará!  
Pero dejando esto aparte,  
¿Cuánto te ha dado don Juan  
por el papel de Leonor?

FLORA. Esta cadenilla; mas  
della vuesarced, mi Rey,  
Niquil ha de garrafar.

PEPINO. ¡Oh buen Juan! oh Juan divino!  
¡Oh Juan de Juanes, y tal  
que comparado contigo  
es Juanillo el preste Juan!  
De los Juanes he de ser  
tan abogado, que ya  
me muero por los juanetes  
porque comienzan con Juan.  
¡Ay, Flora, lo que te quiero!

FLORA. ¿Mucho?

PEPINO. Mucho.

FLORA. ¿Tanto?

PEPINO. Y Más.

FLORA. ¿Y sin la cadena?

PEPINO. ¡Zape!

FLORA. ¿Y con ella?

PEPINO. Miz.

FLORA. ¡Oh gran  
tacaño!

PEPINO. Tu aprendiz soy.

FLORA. Pues amigo, no hay que hablar.  
Ojos que la vieron ir,  
no en Flora la verán más.

PEPINO. Siguiéndote iré, aunque vayas  
al mismo infierno a parar. (Vase.)

Sale LEONOR sola.

LEONOR. No he podido conseguir  
este triunfo, y así es justo,  
para libertar mi gusto  
otros medios elegir.  
Hablaré claro a don Juan,  
cortés será mi desprecio.  
¡Oh, plegue a Dios que lo necio  
no le estrague lo galán!  
Mi padre en esta violencia  
está ciego, y no es casarme  
sino antes venderme, darme  
marido por conveniencia.

Sale FLORA

FLORA. ¿Señora?

LEONOR. ¡Ah mi Flora!

FLORA. Ya

El papel se despachó.

LEONOR. Y dime, ¿qué respondió?

FLORA. Que su obediencia será  
la respuesta.

LEONOR. Bien lo hiciste.

FLORA. No tan bien que no me viese  
tu don Félix y tuviese  
celos.

LEONOR. ¿Pues dónde le viste?

FLORA. A ver a don Juan entró  
cuando yo estaba con él  
hablando; al fin, que el papel  
era tuyo no ignoró.

LEONOR. Fácil será el sosegar  
lo inquieto de sus desvelos,  
pues de lo que tiene celos  
antes le debe obligar.

FLORA. Presto la satisfacción  
de don Félix admitiste,  
de cera a sus ruegos fuiste,  
¡Qué blanda es tu condición!

LEONOR. ¡Ay Flora! es tan vehemente  
este afecto de mi amor,  
que aun estudiando el rigor  
no sé mostrarme impaciente.

En la mayor tempestad  
de mis airados enojos,  
dejar que mientan mis ojos  
no quiere la voluntad.  
En mi cualquiera aspereza  
es ley de mi pundonor,  
porque es bien mostrar valor  
aun dentro de una flaqueza.

FLORA. Notables sois los que amáis;  
extraña es vuestra locura,  
nunca estáis con más ternura  
que cuando sin él estáis.  
Pucheritos son de niños  
vuestras iras en rigor,  
que en diciendo bajo el amor,  
paran en tiernos cariños.

LEONOR. Tú solo de mi albedrío  
el imperio vencerás,  
tú solo eternizarás  
dominio en el pecho mío  
a ti solo avasallada  
triumfos el alma previene.

FLORA. Hele, hele por do viene  
don Félix por la calzada.

LEONOR. Pues ten tu cuidado, Flora,  
de avisarme si don Juan  
viene o mi padre.

FLORA. Serán  
Linces mis ojos, Señora. (Vase.)

Sale DON FÉLIX.

LEONOR. ¿Cómo, señor don Félix, desta suerte  
en mi cuarto os entráis, cuando se advierte  
riesgo tan evidente  
en quien mi padre venga, y...

DON FÉLIX. No consiente,  
Aleve, ingrata, en el pesar que siento  
ley la razón ni freno el sufrimiento.  
Cocodrillo engañoso,  
cauta sirena y áspid venenoso,  
de cuyo ingrato pecho es lo halagüeño,  
cauto disfraz de tu sañudo ceño.  
¿Eres tú la que amante  
ostentó presunciones de constante,  
alegando finezas repetidas,  
según las ponderabas bien sentidas?  
¿Eres tú la que en llama siempre ardiente  
de mi amor a las aras obediente

sacrificaste el alma,  
quedando ufana de rendir tu palma?  
¿Eres tú... Mas no eres,  
cada instante sois otras las mujeres;  
un papel... ¡qué rigor! ¡mortal me siento  
a don Juan... ¡qué pesar! ¡grave tormento!  
Le escribes? Donde bien mi fe pagaste  
cuanto pudo desear le aseguraste,  
en tormenta de agravios tan severa,  
ya que de amante no, de honrado muera.

LEONOR. Templá, don Félix, desaires  
contra mi decoro; templá  
de inadvertidos discursos  
mal informadas sospechas.  
Apura esas presunciones  
antes que a mi honor te atrevas,  
que si en tu crédito caben  
no caben en mi decencia.

DON FÉLIX. Sólo esto me falta ahora  
para que mi juicio pierda;  
pues, ingrata ¡estoy sin mí!  
¿No son evidencias ciertas  
las que a mi sentido informan  
de esta injusta grave ofensa?

LEONOR. Mira si de tus indicios  
es la información siniestra  
pues antes me debes gracias  
de lo que concibes quejas.

DON FÉLIX. (Ap. Ya se enmienda.) Leonor, muda  
de proceder; no pretendas  
cuando reprimo furiosos  
desenfrenar impacencias;  
para incertidumbres guarda  
satisfacciones, que es necia  
la disculpa que se anima  
a vista de una evidencia.

LEONOR. Oye, pues, los desengaños  
de tus celos, porque adviertas  
que no es legítimo el juicio  
que de apariencia se engendra.

Sale FLORA.

FLORA. Señora ¡gran mal! tu padre  
en cuerpo y en alma llega  
cerca de casa; ya el coche  
se siente.

LEONOR. ¡Terrible pena!

FLORA. Mira que también don Juan

en la antecámara espera.

¿Qué he de hacer?

LEONOR. ¡Fuerte rigor!

Flora, a mi cuarto le lleva.

(Vase Flora.)

Don Félix, bien ves el riesgo  
en que estamos.

DON FÉLIX. Pues ¿qué intentas?

LEONOR. Que antes que llegue mi Padre  
te vayas; esto te ruega  
mi amor.

DON FÉLIX. Pues adiós, ingrata,  
para siempre.

LEONOR. Cuando sepas  
mi designio, estimarás  
la verdad de mis firmezas.

(Vase LEONOR por la una puerta va a salir DON FÉLIX por la otra, y detiéndose.)

DON FÉLIX. Bueno es esto. ¡Vive Dios

que sube ya la escalera  
don Rodrigo! No es posible  
que salga si ¿que me vea.  
¿Qué haré, cielos? ¡Oh si acaso  
en alguna sala de estas  
puedo esconderme! ¡Qué dicha  
ha sido el hallarla abierta!

(Escóndese don Félix.)

Salen LEONOR, DON JUAN y FLORA.

DON JUAN. Dichoso he sido, Leonor,  
en que esta ocasión se ofrezca.

LEONOR. (Ap.) Mira si viene.

FLORA. Ya miro,  
(Que en esto nada soy lerda.)

LEONOR. Forzoso es, señor don Juan,  
que os entréis en esta pieza  
hasta que yo de mi padre  
desembarazarme pueda.

DON JUAN. Aquí, mi Leonor, te aguardo.

LEONOR. Entra, pues.

FLORA. Acaba, cierra  
Presto, que llega tu padre.

(Escóndese don Juan.)

Sale DON RODRIGO.

DON RODRIGO. (Ap. Presto, que tu padre llega,  
dijo Flora. ¿Cómo, cómo,  
Leonor, no se lo que crea,  
recata ninguna acción  
de mí? Cuerda mi advertencia

disimule.) ¡Oh Leonor mía!

LEONOR. ¿Pues cómo, Señor... (Ap. Oh quiera el cielo que no me turbe!)

FLORA. (Ap.) Animo, apretar la cuerda.

LEONOR. ¡Te recoges esta noche tan tarde?

DON RODRIGO. Una diligencia  
tuve que hacer, fue preciso  
que me detuviese en ella.

Sale PEPINO y túrbase.

PEPINO. ¿Cómo, Señor, sin decirme...  
(Ap. ¡Oh cuerpo de Cristo, buena  
la habemos hecho!)

LEONOR. (Ap.) ¡Que entrase  
deste modo! ¡Suerte adversa!

DON RODRIGO. No os vais, hidalgo, esperad.

PEPINO. Yo esperaré más que esperan  
treinta indios. (Ap. Pensé  
que aquí mi amo estuviera,  
pensé mal; por tal pensar  
un pienso como a una bestia  
me pueden dar.)

DON RODRIGO. (Ap. ¡Ay de mí!  
Muchas sospechas son estas.)  
¿A quién buscáis en mi casa  
a estas horas?

PEPINO. (Ap. ¿Qué respuesta  
le daré?) Señor, yo busco  
a quien vos quisiereis; vea  
vuestro gusto la persona  
que he de buscar, buscarela,  
que yo sabré ser buscón;  
en mi vida armé pendencia.

FLORA. (Ap. El se ha turbado; ahora bien,  
Al arma, embustes.) (A LEONOR. No temas  
señora, que ya yo voy con una valiente treta.)  
Camargo, ¿cómo se ha entrado  
hasta acá dentro? ¿Allá fuera  
en el corredor no dije  
que me esperara? ¡Qué necia  
licencia de escuderazo!

PEPINO. (Ap.) Vive Dios, que me marea  
esta mujer. ¡En mi vida  
he visto tal embustera!

DON RODRIGO. ¿Luego conoceisle vos?

FLORA. Y tú también, si te acuerdas,  
le conoces: es criado

de doña Aldonza Teresa  
de Girón, grande amiga  
de mi Señora.

PEPINO. Es la misma  
verdad, si he de andar puntual,  
la que dice esa doncella;  
si no que soy vizcaíno,  
y así tengo corta estrella  
en hablar, luego me turbo.

LEONOR. (Ap.) Dicha será que lo crea.

DON RODRIGO. ¿No es bueno, que siempre os quise  
reconocer? Cierto era  
que en otra parte os había  
visto.

PEPINO. Sí, Señor, en esta  
casa, donde ha un mes que sirvo  
a doña Alcuza Perea.  
(Ap. ¡Vive Cristo que erré el nombre!  
El diablo me saque de esta,  
por quien es...)

DON RODRIGO. ¿Y a qué venís  
tan tarde?

FLORA. A una impertinencia;  
viene por una jaulilla  
que me encargó que la hiciera  
su ama, que tengo yo  
linda maña para hacerlas,  
porque mañana ha de ir  
a dar una norabuena,  
y quiere llevar el moño  
bien puesto.

PEPINO. (Ap.) La quinta esencia  
del enredo es la Florilla.  
¡Mal año, como las pega!

LEONOR. (Ap.) Lindamente ha sucedido.

DON RODRIGO. Pues esperad allá fuera,  
que luego os despacharán.

PEPINO. ¿Oye usted, Señora? Sea  
con brevedad, que me faltan  
treinta recados, y es fuerza  
darlos todos esta noche.

FLORA. Ya salgo, tenga paciencia.

PEPINO. (Ap.) Mamola el viejo; el demonio  
en esta trampa no diera. (Vase.)

FLORA. (Ap.) Con lindo arte hemos salido  
de este aprieto.

DON RODRIGO. Leonor, entra

en tu cuarto, que es ya hora  
de recogernos.

LEONOR. (Ap.)

Atenta

esperaré a que mi padre  
se acueste, porque no pueda  
estorbar que hable a don Juan;  
que en aquesta diligencia  
fundan mi amor y mi gusto  
el remedio de mi pena.

(Vanse Leonor y Flora.)

DON RODRIGO. Ya se entró, ¡válgame Dios!

¡En qué confusa tormenta  
de recelos mi discurso  
temiendo naufragios queda!  
¿A qué propósito pudo  
decir Flora ¡grave pena!  
a Leonor, cuando yo entraba  
«Presto, que tu padre llega?»  
¿Y este hombre, que tan hallado  
se entró en mi casa ¡oh severa  
Fortuna! en su turbación  
No dio disculpado muestras?  
¿Pero en Leonor han perdido  
la cordura y la modestia  
decente albergue jamás?  
¿No han vivido siempre en ella  
la atención tan sin estrago  
y el recato tan sin queja,  
que desmintieron su edad  
sus ancianas advertencias?  
Cierto es, sí; pero es mujer  
y está su naturaleza  
tan cercada de peligros,  
tan pronta a las contingencias  
de un licencioso desaire,  
de una profana flaqueza,  
que el reprimirse es difícil;  
y así es justo que la tema  
en lo dama bien hallada  
y en lo advertida extranjera.  
Vive Dios, que he de quietar  
o averiguar mis sospechas;  
haga, pues, hoy mi cuidado  
la diligencia primera.  
Registrar toda la casa  
será bien, pues aunque sea  
vano este escrúpulo, es justo



que mi obligación atienda  
aun al menos importante  
examen; pase de atenta  
al extremo de prolija  
mi vigilante cautela. (Vase.)

Asómase a la puerta DON FÉLIX.

DON FÉLIX. Parece que ya rendidos  
a la quietud halagüeña  
de la noche, yacen todos  
en la estación más funesta.  
Pero si no fue ilusión,  
pasos he sentido cerca  
desde aquí podré curioso  
ver quien es sin que me vea.

Sale DON RODRIGO con una luz.

DON RODRIGO. Estas dos salas me faltan  
de mirar; esta primera  
está cerrada.

(Tienta la puerta, y en el ruido que ha de hacer un pestillo, parezca que está cerrada; va a pasar a la otra, llame don Juan por de dentro.)

DON JUAN. (Dentro.)                                   ¿Es Leonor?

DON RODRIGO. ¡Ay de mí! ¡Terrible pena!

DON FÉLIX. ¿Qué escucho? ¡Ah tirana, cómo  
fueron mis sospechas ciertas!

DON JUAN. Abre, mi bien.

DON RODRIGO.                                   ¡Que al combate  
de esta desdicha no muera!  
No está en la puerta la llave,  
abriré con la maestra;  
Si, ya abro.

Sale DON JUAN, y túrbase.

DON JUAN.                                   ¡Oh Leonor mía!

Mas, ¿qué miro? ¡Suerte fiera!

DON FÉLIX. ¡Mortal estoy!

DON RODRIGO.                                   Pues don Juan,  
vos con tirana grosera  
osadía, os atrevéis  
a oscurecer la soberbia  
sagrada luz de mi honor?  
¿Vos animáis en ofensa  
de mi opinión tan indignas  
escandalosas violencias?  
Pues con más lícitos medios,  
con pretensiones más cuerdas,  
¿No consiguierais posible  
lo que atrevido os despeña?

Vive Dios, que destemplara  
lo cuerdo de mi paciencia  
del estrago más airado  
la venganza más sangrienta,  
a no juzgar que estas son  
galanterías que empiezan  
a ser en fe de marido  
anticipadas finezas  
en vos. Bien os empeñáis,  
no, no, no me descontenta,  
que ya, don Juan, lo galán  
costosos riesgos os deba.

DON JUAN. Nunca, señor don Rodrigo,  
me determiné a esta empresa  
con intención que ofender  
vuestro respeto pudiera;  
siempre de vuestro decoro  
veneré la conveniencia.

DON RODRIGO. ¿Parécenos, señor don Juan,  
que a no creer eso, tuviera  
tanta paciencia? Ya sé  
que no fue intención siniestra.

DON JUAN. Licenciosas travesuras  
de quien alcanzar desea  
de hijo vuestro humilde nombre,  
templado enojo merezcan.

DON RODRIGO. (Ap. Él está pronto a casarse,  
no es bien mostrarle aspereza.)  
No sino agradecimientos  
de quien es bien que os prevenga  
desde hoy caricias de padre  
y olvidos de suegro. Sea  
confirmación este abrazo  
de obligación tan estrecha.

DON JUAN. Siempre, Señor, me hallaréis  
sujeto a vuestra obediencia.

DON FÉLIX. ¡No sé como me reporto  
en desdicha tan severa!

DON RODRIGO. Desde ahora es justo que corra  
el serviros por mi cuenta,  
el no dilatar la boda  
bien veréis que será fuerza.  
Y así, puesto que ha de ser  
esta casa siempre vuestra  
(Así mi honor aseguro),  
desde hoy quiero que lo sea;  
lo restante de la noche

habéis de pasar en ella.

DON JUAN. No os merece este favor  
quien tanto en él interesa.

DON RODRIGO. (Ap.) De esta suerte los estragos  
de esta ruina se remedian.

DON JUAN. (Ap.) ¡Quién creyera que este caso  
de mi amor el logro fuera!

Ya he conseguido esta dicha.

DON RODRIGO. (Ap. Ya he redimido esta ofensa.)

Entrad, pues, señor don Juan.

DON JUAN. En mi vuestro gusto reina.

(Vanse.)

Sale DON FÉLIX de donde estaba escondido.

DON FÉLIX. ¡Quedamos buenos, amor!

Restan más desdichas, restan

más iras de la fortuna

contra esta vida, que queda

ya de la muerte pisando

la horrible pálida senda?

Todo el veneno apuré

que con severa violencia

incluye en sí el desengaño;

Perdite ya, sin que pueda

animar una esperanza

en tan prolija tormenta.

¡Mal haya quien en lo frágil

de una mujer lisonjera,

de su gusto y de su honor

deposita las riquezas!

Vive Dios, que si esta ingrata

no ve la misma evidencia

del delito, ha de negar

la culpa! Pues porque tenga

imposibles las salidas

en los cargos de esta ofensa

se me ha ofrecido esta traza.

A don Juan en esta pieza

por secreta recataba;

luego es forzoso que vuelva

a querer abrirle; pues

yo me he de ocultar en ella,

porque cuando al agresor

busque de mí agravio vea

al ofendido, que airado,

su aleve pecho condena.

(Escóndese don Félix donde estaba don Juan.)

Sale LEONOR con luz.

LEONOR. Ya parece que mi padre  
en mansa quietud sosiega  
segura, pues, a don Juan  
podré hablar. Llegó a la puerta.  
Don Juan, bien podéis salir.  
Mas, ¿qué veo?;Pena inmensa!

Sale DON FÉLIX.

DON FÉLIX. Ya salgo, ingrata alevosa  
a hacer fúnebres obsequias  
a mi esperanza; ya salgo  
a ver la correspondencia  
de una voluntad, que tuvo  
desdichas de verdadera;  
ya salgo de mí, Leonor,  
mira si quedas contenta.

LEONOR. ¡Mi bien! ¡Don Félix! ¡Mi dueño!  
Injustamente te quejas  
de mi amor, porque a mi amor  
debes tan grandes finezas  
que el mayor extremo en ti  
será corta recompensa,  
que aunque este suceso arguye  
culpa contra...

DON FÉLIX. Cesa, cesa  
de multiplicar agravios,  
que ya en mi pecho no hay fuerzas  
para poder tolerar  
su sediciosa contienda.  
De suerte en estos delitos  
vas procediendo, que llegan,  
más que cuando los cometas  
a irritar cuando los niegas.

LEONOR. Pues ¿cómo no he de negarlos  
si estoy de ellos tan ajena  
que aun imaginado en mí  
no hay desaire que se atreva?

DON FÉLIX. Digo que tienes razón;  
digo, Leonor, que son ciertas  
de tu afecto las caricias,  
de tu pecho las firmezas.  
Digo que no son verdades  
estos sucesos, que alegan  
evidencias, que son juzgo  
ilusiones de la idea.  
Tú desmientes en lo firme  
tu ser; pero tus finezas

serán de meditación,  
que sólo cuando te elevas  
en éxtasis retirado  
las fías a las potencias.  
No te espantes que las dude  
que al fin, como por las puertas  
de los sentidos jamás  
han salido, es cosa cierta  
que si no las adivino  
no es posible que las crea  
y ya, Leonor, nada importa  
ser falsas o verdaderas.  
Tu padre halló recatado  
a don Juan en esa pieza;  
portose cuerdo, obligole  
¡qué rigor! a que viniera  
en tu casamiento. Vino  
en él, concertada queda  
para mañana tu boda  
y mi muerte... Considera  
si esta paga satisface  
de mis afectos la deuda.

LEONOR. ¿Qué es lo que dices? ¿Mi padre  
para darme muerte ordena,  
que con don Juan... Y que tú...  
aquí enmudece la lengua;  
dueño mío.

DON FÉLIX. Basilisco  
mío...

LEONOR. Oye, porque sepas...

DON FÉLIX. Calla, porque no ocasiones...

LEONOR. Que el corazón te venera...

DON FÉLIX. Alguna temeridad  
de mi loca inadvertencia.

LEONOR. Piadosa, ya que no amante,  
te procuran mis ternezas.

DON FÉLIX. Honrado, si no advertido,  
te excusaré lisonjera.

LEONOR. Mira que...

DON FÉLIX. No hay que mirar.

LEONOR. Advierte...

DON FÉLIX. Nada me adviertas.

LEONOR. Que soy...

DON FÉLIX. Frágil, ya lo he visto.

LEONOR. Constante...

DON FÉLIX. En hacer ofensas.

LEONOR. ¿Qué, al fin te vas?

DON FÉLIX. A olvidarte

LEONOR. ¿Qué, al fin me dejas?

DON FÉLIX. Es fuerza,  
y así en tan grave rigor...

LEONOR. Pues en tan fiera tormenta...

DON FÉLIX. Venganza, agravios, venganza.

LEONOR. Paciencia, penas, paciencia.

Jornada tercera

Salen LEONOR y DON RODRIGO.

DON RODRIGO. ¿En agravio de tu honor  
pronuncias eso? ¿Estás loca?

Mira que tu error provoca  
despeños a mi rigor.

Tienes oculto a don Juan  
en tu cuarto, ¡qué insolencia!

¿Y quieres que mi advertencia  
no remedie este desmán?

Mal con la prudencia mido  
lo que debo al sentimiento,  
que es portarme desatento  
ser tan cuerdo en lo sufrido.

LEONOR. (Ap. Obre la sagacidad  
primero que lo impaciente,  
que hay desaire en lo aparente,  
que no es culpa en la verdad.)  
Que oculté en este aposento  
a don Juan confesaré,  
pero siempre afirmaré  
que fue con lícito intento.

DON RODRIGO. Este lunar que atrevido  
de mi honor lo hermoso afea,  
aunque delito no sea,  
basta haberlo parecido,  
no viene a ser triunfo honroso  
ser solo conmigo honrado,  
que si quedo asegurado  
queda el vulgo sospechoso.  
Si a todos de mi opinión  
notorio el desmán avisa,  
para su abono es precisa  
pública satisfacción.  
Remedien decentes modos

lo que tu error deslució,  
pues no me aseguro yo  
si no satisfago a todos.  
Y así, elige, que no espero  
que otros medios convendrán  
morir mujer de don Juan  
o destrozo de un acero.

LEONOR. Pues mi libertad rendida

ha de avasallar la palma  
porque no peligre el alma  
me olvidaré de la vida.  
Si de un necio el desvarío  
se sufre con gravedad  
aun en toda una ciudad,  
¿Qué será en un albedrío  
donde es tan fácil conquista  
a tu antojo la obediencia  
quede la primer sentencia  
no haya apelar a revista?  
En una mujer no creas  
tu opinión mayor rigor:  
Necio y marido, Señor,  
ni aun le admitirá una fea  
Y yo en mi cuerdo advertir  
que es más grave pena entiendo  
un lento morir viviendo  
que un arriesgado morir.  
Y así, entre uno y otro afán  
por menos tormento escojo  
ser estrago de tu enojo  
que ser mártir con don Juan.

DON RODRIGO. Leonor, el querer vencer

lo sofístico, es en vano;  
que des a don Juan la mano  
es mi gusto, esto ha de ser.  
Esto es ya necesidad,  
porque esto en esta opinión  
conviene a nuestra opinión  
y a nuestra comodidad.  
Ten, pues no habrá resistencia  
si te aconseja el honor,  
Para mañana, Leonor,  
prevenida la obediencia. (Vase.)

LEONOR. Libre me dio el albedrío  
el cielo, y hoy sin razón  
quiere para esta elección  
mi padre que no sea mío.

Pues a tu amor he de ser,  
don Félix, agradecida,  
porque he de perder la vida  
o te he de satisfacer.

Sale FLORA.

FLORA. Una mujer, para hablarte,  
pide licencia, Señora.

LEONOR. ¿Pues quién es no dice, Flora?

FLORA. Paréceme en su buen arte,  
viendo en paz la crespada lid  
de su hermosura y donaire  
que es galera de buen aire  
de las calles de Madrid.

LEONOR. Que entre la di.

FLORA. Pues ya voy.

LEONOR. ¿Oyes?

FLORA. ¿Qué tengo de oír?

LEONOR. Flora, mira que hemos de ir  
a hablar a don Félix hoy.

Sale DOÑA ANA con manto.

DOÑA ANA. Al puerto de vuestro amparo,  
del golfo de sus desgracias  
una mujer afligida  
viene a procurar bonanza.

LEONOR. Dichosa seré si puedo  
sosegar esa borrasca,  
que en el mar de vuestras penas  
algún naufragio amenaza.

DOÑA ANA. Hoy podréis de mi deseo  
animar las esperanzas.

LEONOR. Decid, pues, en lo que os sirvo.

DOÑA ANA. Oid, que no seré larga:

hermosísima Leonor,  
cuyas soberanas gracias  
indignamente se estrechan  
en los límites de humanas;  
Yo nací noble, pues debo  
ilustre sangre a la casa  
de más blasón y más nombre  
que se celebra en España.  
Pero tan pobre nací,  
que de quien soy olvidada,  
por ser conmigo piadosa  
fui conmigo misma ingrata.  
¡Oh rigurosa pensión,  
groseramente tirana,  
en quien debe a su valor



obligaciones honradas!  
¿Qué le importa a un noble, a quien  
la fortuna desampara,  
que nazca para ser mucho  
si ha de vivir siendo nada?  
Festéjome en esta corte  
don Juan Osorio, el que aguarda  
para ser esposo vuestro  
sólo el plazo de mañana.  
Obligome con finezas  
venturosas como falsas,  
que siempre las dichas sobran  
donde los méritos faltan.  
Viome, en fin, purpúrea rosa  
en la más florida estancia  
de mi edad, sin mendigar  
los desperdicios del alba.  
Y osadamente atrevida  
su aleva mano profana  
la pompa tiranizó  
de que en mi centro triunfaba.  
Y después de conseguir  
grosera indecente palma  
de mis lucidos verdores,  
mal contenta y bien pagada,  
que aun el hallarse muy dueño  
de una dicha, también causa  
desprecio lo que debiera  
estimar, porque pagara  
a la dignidad hermosa  
la deuda de desdichada.  
Ya advierto que es vanidad  
pronunciar yo mi alabanza;  
mas, ¿cómo he de creerme fea  
viéndome tan desgraciada?  
Hoy, pues, Leonor, he sabido  
que este alevoso se casa  
con vos, aunque vos venís,  
más que gustosa, forzada  
en la boda, no pudiendo  
por vuestro padre excusarla.  
Ved, Señora, si el rigor  
de una pena tan airada  
que bárbaramente rompe  
de mi pecho las murallas,  
es justo sentir; pues cuando  
creí que ya navegaba

con prosperidad mi honor  
en el mar de mi esperanza,  
se levantan sediciosas  
de espuma crespas montañas,  
que si no cierto peligro,  
gran tempestad amenazan.  
No, pues, permitáis, Señora,  
que en el piélago anegada  
en vano mi nave gima  
las iras desta borrasca.  
Ocupe feliz el puerto,  
restitúyase a la playa,  
no me combata el peligro  
donde espero la bonanza.  
No os caséis con quien tan mal  
sus obligaciones paga,  
que aun en él se desconocen  
correspondencias hidalgas.  
Esto os ruego, esto os suplico,  
esto os pido como honrada,  
como mujer, como noble;  
Atended a mis desgracias  
con piadosas advertencias,  
porque hoy en desdicha tanta  
quien viene a vos afligida  
vuelva de vos consolada.

LEONOR. Suspended esa corriente  
de perlas, hermosa dama,  
en quien belleza y desdicha,  
aunque compiten, se hermanan.  
Y esforzad vuestro valor  
con seguras confianzas  
de que hoy desvaneceré  
esa niebla, que profana  
lo claro de vuestro honor  
yo haré con justa venganza  
que si hoy lloráis ofendida  
hoy triunféis desagraviada.

DOÑA ANA. Bien de vuestra sangre noble  
hacéis, Señora, bizarra  
ostentación.

LEONOR.                   Mi fineza  
poco en esto se adelanta,  
pues defiendo yo mi gusto  
defendiendo vuestra causa.

DOÑA ANA. Vuestra seré eternamente.

LEONOR. Esperadme en esta sala,

que voy a hacer que don Juan  
vuestra presencia salga,  
porque habéis de ser testigo  
de cuán vuestra apasionada  
Procedo en esta ocasión. (Vase.)

DOÑA ANA. No sé cómo pueda el alma  
tanto favor mereceros.  
¡Ay, fortuna. si cansada  
de perseguirme el rigor  
de tus enojos templaras!  
Pero aquí viene don Juan,  
quiero que me halle tapada  
por ver si me desconoce  
de la suerte que me habla.

Sale DON JUAN, y piensa que es Leonor DOÑA ANA.

DON JUAN. Leonor mía, pero ¿cómo  
con manto sales de casa?  
¿No respondes? ¿Qué accidente  
te enmudece y acobarda?  
¿Adónde vas?

DOÑA ANA.                                Antes vengo  
(Descúbrese.)

DON JUAN. ¡Ay de mí! Fortuna airada  
¿Pues cómo...

DOÑA ANA.                                Vive el cielo,  
puesto que con vos no bastan  
ni cautelas prevenidas  
ni finezas declaradas  
para que reverenciéis  
de mi decoro las aras  
que a la obstinada violencia  
de mis...

DON JUAN.                                Advierte, doña Ana...

Sale LEONOR.

LEONOR. Advertid, señor don Juan  
que es conmigo la batalla  
y que es roja la razón,  
prevenid valientes armas.

DON JUAN. ¡Fuerte lance!

LEONOR.                                Oídmelo atento.

DONA ANA. Hoy mi vida se restaura.

LEONOR. Yo arriesgo, señor don Juan,  
gusto, interés, vida y alma,  
advertid vos si estas son  
prendas para aventuradas  
en ser vuestra esposa... No  
parece muy cortesana

la propuesta, pero siendo  
ahora tan de importancia  
el darme a entender, es justo  
que de lo vulgar me valga.  
Callen retóricos, que  
no he de reparar en galas;  
y así, perdonad por Dios,  
que tengo de ser muy clara.  
es verdad que os llamé anoche  
por un papel a mi casa,  
que vos vinisteis puntual  
que os oculté en esa cuadra  
porque mi padre no os viese:  
que al fin os vio, fue desgracia;  
en estos empeños, quien  
oyere estas circunstancias  
juzgará que fue amor todo,  
pues no fue fineza nada.  
Vos hasta ahora ignoráis,  
don Juan, la razón, la causa  
que a llamaros me obligó:  
preciso es ya declararla.  
Pero primero os prevengo,  
porque vitoriosa salga  
de que he menester en vos  
ostentaciones bizarras.  
Llameos, pues, para deciros,  
que aunque con rebelde instancia  
mi padre aspiraba a que  
nuestra boda se efectuara;  
y aunque yo en su ejecución  
convenía, era forzada  
de sus preceptos, no obrando  
con libertad voluntaria;  
porque el casarme con vos  
era imposible, obligada  
mi atención de cierto empeño  
que ora mi decencia os calla;  
y que así, de aquesta boda  
con mi padre os excusarais  
vos, porque no pareciera  
que nacía el estorbarla  
de mi arbitrio; aquesto entonces  
rendidamente os rogaba.  
Pero no os lo ruego ahora,  
porque ya será excusada  
diligencia que yo os pida

lo que es preciso que haga  
vuestra obligación, don Juan;  
no con violencia tirana  
ocupe trono un afecto  
en el imperio del alma.  
Restituid obediencias  
a la razón, no postrada  
de un ciego antojo al impulso  
viva quejosa; a esta dama  
debéis su honor; atended  
señor, a tan justa causa.  
Redimid tan grave empeño,  
no olvidéis tan necesaria  
correspondencia; esforzaos;  
todo lo puede una hidalga  
resolución, una heroica  
bizarría, una gallarda  
nobleza; más pueda en quien  
consigue prendas tan altas  
las razones que le sobran  
que el dinero que le falta.  
¡Oh bienes de la fortuna!  
¿Qué espera quien os alcanza?  
¡Virtud, nobleza, hermosura,  
y todas las demás gracias  
en una mujer que es pobre,  
son dote en moneda falsa!  
Bien sé que conseguiré  
esta persuasión la palma  
en vuestro prudente acuerdo,  
y advertid bien, por si os llama  
Este afecto, que el casaros  
conmigo, aunque interesada  
conveniencia lo juzgáis,  
don Juan, hoy, quizá mañana,  
le costara vuestro honor  
alguna grave desgracia.  
Consultad vuestra cordura,  
que una mujer arrestada  
atropella muchas honras  
por lograr una venganza.  
Dichoso puerto procuran  
estas naves, amparadlas;  
una piadosa os invoca,  
otra advertido os aclama.  
Nuestra razón os anime,  
vuestro interés os persuada,

para que quietando el golfo  
que tormentos amenaza,  
ni la una pierda el honor  
ni la otra cautive el alma. (Vase.)

DOÑA ANA. Yo, ingrato, vil caballero,  
ni con iras ni con ansias  
afectuosas será bien  
declararme apasionada.  
Más conveniente remedio  
para su dolencia el alma  
prevendrá; yo me valdré  
de la acción más acertada,  
entrenando los desaires  
que contra mí se desmandan.  
Yo tendré, en tan fuerte empeño  
animosa y temeraria,  
hoy para el agravio aliento,  
valor para la venganza.

Vase, y DON JUAN va tras ella diciendo estos versos, y encuentra con DON RODRIGO.

DON JUAN. Espera, aguarda, no pienses  
que he de casarme, doña Ana,  
con Leonor. (Ap. ¡Pero qué miro  
oyome el viejo. ¡Que nada  
me suceda bien!)

DON RODRIGO. ¡Oh cielos!

¿Que esto escuche? ¡Pena airada!  
hablemos, hablemos claro,  
señor don Juan, que pues pasa  
a extremo esta inadvertencia,  
no es justo disimularla.  
Vive Dios, que aunque en mi pecho  
tibios ardores mis canas  
arguyen, que en mi valor  
arden juveniles llamas,  
tanto, que para abrasar  
a todo el orbe, si osara  
de mi honor oscurecer  
las antorchas soberanas,  
sin costarme gran fatiga  
mucho incendio me sobrara.  
Si acaso juzgasteis leve  
empeño el de la pasada  
ocasión, o fuese culpa  
o galantería, es falsa  
presunción; devaos lo cuerdo  
noticias más acertadas,  
que en él perdió mi opinión

créditos que no restaura,  
si no es dándole la mano  
a Leonor; bien informada  
queda ya vuestra advertencia,  
don Juan, de lo que ignoraba;  
y mirad no ocasionéis  
en mi alguna destemplanza.  
Todo queda prevenido  
para que os caséis mañana;  
yo me lo negociaré,  
que no he de deberos nada. (Vase.)

DON JUAN. Buena esperanza me da  
de padre. ¿Hay quien no se asombre?  
¿Aun no lo ha sido en el nombre  
y es suegro en las obras ya?  
¡Cuando juzgué que a Leonor  
obligaba mi cuidado,  
severa ha desengañado  
las finezas de mi amor!  
Tanto, que me dio a entender,  
¿Quién creyera caso igual?  
Que pudiera estarme mal  
quererla para mujer.  
Yo excusaré el sentimiento  
desta prevista dolencia,  
curándome en la advertencia  
antes que en el escarmiento.  
Que quien entra a ser marido  
de indicios no asegurado,  
o quiere ser desdichado  
o puede ser muy sufrido.  
Niéguese, pues, a este injusto  
afecto mi ciego error,  
que aunque me llama el amor,  
Primero es la honra que el gusto. (Vase.)

Salen DON FÉLIX y PEPINO.

DON FÉLIX. Fortuna, siempre mudable,  
¿Quién te alcanza permanente?  
Si estable eres solamente  
en no ser jamás estable.

Salen por una puerta DON RODRIGO; DON JUAN y DOÑA ANA por otra.

DON RODRIGO. Señor don Félix, mirad  
que tiene que hablar mi acero  
con vos aparte, escuchad.

DON FÉLIX. No sé que pueda obligaros  
a mostraros descompuesto  
conmigo.

DON RODRIGO. El haber sabido,  
don Juan, el deslucimiento  
de Leonor y de mi honor.

DON FÉLIX. Oíd, señor don Rodrigo,  
que si me escucháis atento,  
quizá podrán mis razones  
excusar esos extremos.

DON RODRIGO. Primero de mi venganza...

DON FÉLIX. Que luego reñir podremos;

lugar habrá para todo;  
pero escuchadme primero.  
Siempre Leonor contradijo  
de don Juan el casamiento  
por atender cariñosa  
a mis amorosos ruegos,  
porque ha seis meses que yo  
cortésmente la festejo;  
y aunque ocultó aquella noche  
a don Juan en su aposento.

Le llamó para decirle  
que a los tratados conciertos  
de su boda se excusase.

Aquesto es cierto, y es cierto  
también que debe don Juan  
pagar con justo respeto  
la mayor obligación  
hoy a aquesta dama, siendo  
su esposo; él, Señor, está  
resuelto a casarse; luego  
yo también lo estoy a dar  
la mano a Leonor, si en esto  
venís, que de aqueste daño  
ese solo es el remedio;  
mirad si vos lo quedáis;  
que yo ya estoy satisfecho.

Si de esta suerte os parece  
que soy bueno para yerno,  
esta es mi mano, y si no  
riñamos, que este es mi acero.

DON RODRIGO. Siendo desta suerte todo,  
yo soy quien más intereso  
en granjearos por esposo  
de Leonor, que aunque mi intento  
fue casarla con don Juan,  
siendo tan grande este empeño,  
Primero es la honra que el gusto.

DON JUAN. Y yo mi mano te entrego,



cumpliendo mi obligación.  
DOÑA ANA. Aunque esté en duda, la aceto,  
por redimir mi flaqueza.  
PEPINO. Con lo cual esto está hecho;  
estos señores se casan;  
yo también hago lo mismo  
con Flora, con que se da  
dichoso fin a este cuento.

Primero es la honra que el gusto

Francisco de Rojas Zorrilla

#### PERSONAS

LEONOR.

DOÑA ANA.

FLORA, criada.

DON FÉLIX.

DON JUAN.

DON RODRIGO, viejo.

PEPINO.

MÚSICA.

Jornada primera

Salen DON JUAN por una parte, y FLORA por otra.

DON JUAN. El suceso del papel  
vengo a saber, bella Flora.

FLORA. Ya se le di a mi Señora,  
y aunque fulminó cruel  
un destrozo riguroso  
en sus amorosas penas  
(Mas muriendo entre azucenas  
no pudo morir quejoso),  
en sus ojos advertía,  
notando su indignación,  
que, allá dentro el corazón  
otros afectos sentía;  
y al primer lance, no es  
el desprecio muy severo,  
que al fin le leyó primero,  
aunque le rompió después.

DON JUAN. Pues, Flora, si le leyó,

no fue el romperle desdén.

FLORA. Y el modo del ser también  
mal desmentido mostró  
que la airada tempestad  
de aquel desagrado ingrato,  
fue más ley de su recato  
que enojo de su crueldad.

DON JUAN. ¿Qué esa cauta fullería  
brujuleaste en su semblante?  
Trueque ya en frutos de amante  
su flor la esperanza mía.  
Tal la dicha viene a ser  
que llevo indigno a lograr,  
que me obligas a ignorar  
los modos de agradecer.  
Este diamante ya veo,  
Flora, que es inferior paga:  
no la deuda satisfaga,  
acredite mi deseo.

FLORA. Mil años, sin que a tu amor  
se atreva esquivo desdén  
amante Matusalén  
goces, don Juan, de Leonor.  
(Ap. Buenos mis enredos van;  
la trampa ha sido cruel:  
ni a Leonor di tal papel  
ni conoce a tal don Juan;  
toda alcahueta se ajuste  
a imitar mi proceder,  
que a un galán se ha de vender  
a diamante cada embuste.)

DON JUAN. ¿Que al fin dices, Flora mía,  
perdóname lo cansado,  
que mostraba algún cuidado  
cuando mi papel leía?

FLORA. Digo que atenta la vi  
decir, cuando le leyó,  
con un gustillo, que no;  
mas con los ojos, que sí.

DON JUAN. Ay Leonor: hoy de tu gracia  
los halagos gozaré;  
siempre este lance juzgué  
por el de más eficacia.  
(Ap. Quien las criadas granjea,  
consigue un medio importante.)

FLORA. (Ap.) ¡Qué fácilmente un amante  
cree las nuevas que desea!

DON JUAN. De tu diligencia fío,  
la dicha de mi esperanza.

FLORA. Buena será la fianza,  
remite al cuidado mío.

Pero aguarda: mi Señora  
y su padre, don Rodrigo,  
viene, no te hallen conmigo;  
Vete, don Juan.

DON JUAN. Adiós, Flora.

FLORA. Presto, que salen.

DON JUAN. No olvides  
mi amor, que hoy he de fundar...

(Vase.)

FLORA. Seguro puedes estar...

(Ap. De que no haré lo que pides.)

Salen LEONOR y DON RODRIGO.

RODRIGO. ¡Notable es tu condición!

LEONOR. No la culpes hasta oírme.

RODRIGO. ¿Qué razón puedes decirme,  
que abone esta sinrazón?

¿Todos, di, no culparán  
por error inadvertido,  
que no admitas un marido  
que es noble, rico y galán?

LEONOR. No es replicar proponer

aquello a que no me ajusto;  
sigue tú después tu gusto,  
pero oye mi parecer.

Tan obediente a tu arbitrio  
me he de sujetar, que quiero  
que sea tuya la elección  
y mío el consentimiento;

pero permite; negado  
a apasionado efectos,  
a la razón el oído,

y a la prudencia el acuerdo:

don Juan Osorio es galán,  
noble y rico, pero es necio;

mide, Pues, esos esmaltes  
sólo con este defecto,

y yo sé que en mi favor  
sentenciará tu consejo;

pues bien puedo asegurar

que si procedes atento

a la obligación de padre,

no has de consentir severo,

por hacerme rica, hacerme

desdichada, siendo menos  
grave pensión la de pobre:  
aunque yo, Señor, entiendo  
que es rico el pobre que vive  
con su fortuna contento.

RODRIGO. Muy bachillera estás, hija;  
templa ese estilo, advirtiéndome  
que en el verdor de tus años  
pierden fuerza los consejos.  
Si es necio don Juan, es rico,  
Leonor, y en aqueste tiempo,  
quien puede más, vale más,  
porque los merecimientos  
fallecen desanimados  
si del oro a los reflejos  
no se esfuerzan; el que es pobre,  
no puede ser noble, puesto  
que no lo puede ostentar,  
que es lo mismo que no serlo.  
Pues serio para sí solo  
es rigor más que consuelo,  
porque viene a ser forzarse  
a obrar siempre con respetos  
se quien es, y no poder  
elegir indignos medios  
para vivir, con que tiene  
de noble (¡grave tormento!)  
Sólo las obligaciones  
y no, Leonor, los provechos.

LEONOR. Y si yo, padre, probase  
que el que no fuere discreto  
no será rico, ¿sintieras  
otra opinión?

RODRIGO. Eso es bueno;  
por reírme de tu error  
permitiré el argumento.

LEONOR. El ser rico no consiste  
en tener dicha o acierto  
para adquirir; sólo estriba  
en tener buen regimiento  
para saber conservar  
lo adquirido; claro es esto.  
Porque ¿qué importa que abunde  
yo en venturosos aumentos  
si en pródigos desperdicios  
los consumo y desvanezco?  
El saber, pues, conservar

es acto feliz de un pecho  
que a la luz de la razón  
regula su entendimiento,  
de éste se halla destituido  
el que es ignorante, luego  
carecerá de cordura,  
pues si le falta lo cuerdo  
vivirá mal ordenado,  
siendo consecuencia de esto  
que todo lo que adquiriere  
disipará; de que infiero  
que nunca podrá ser rico  
el que no fuere discreto.

RODRIGO. (Ap. ¡Qué entendida está Leonor!

Que me ha vencido confieso.

¡Qué bien la crió su madre!

Fue de cordura un portento.)

Mejor sabré yo elegir

lo que te importa, pues debo

dos veces asegurarme

facilitando el acierto:

la primera por lo padre,

la segunda, por lo viejo.

(Ap. Don Félix de Acuña es grande

amigo mio: yo quiero,

pues lo es también de don Juan,

que me ayude en este intento.)

Adiós, mi Leonor, que voy,

a procurarte este empleo. (Vase.)

LEONOR. Tuya es mi voluntad: airada suerte;

mejor dijeras a trazar mi muerte,

a eternizar violencias a mi gusto,

a sujetarme al cautiverio injusto

de quien por necios modos

guerra ha de ser e mis sentidos todos.

¡Ay amor! ¡ay don Félix! si del alma

has conseguido merecida palma,

y si eres tú el que ahora más me anima,

rígela de manera que redima

lo fiero de este golpe ejecutivo;

no he de vivir sin ti, pues por ti vivo.

FLORA. Señora, injustamente formas quejas

de tu padre, pues tú guiarte dejas

de lo que a su interés es conveniencia;

y en estos lances, aunque tu obediencia

se revele...

LEONOR.

Detente,

no pases adelante neciamente  
y, pues lo ignoras, es razón que entiendas  
que las mujeres, Flora, de mis prendas,  
en este caso y en cualquier intento,  
nunca se han de oponer al sentimiento  
de su padre, que cuerdo y vigilante  
sabr  elegir en todo lo importante;  
sólo por reducirle y ablandarle  
persuadirle podr , no replicarle;  
porque, o lo apoye el gusto, o lo repruebe  
obedecer con sujeción se debe.

FLORA. Ese portarse, yo no le recuso;  
pero siento que no es vivir al uso,  
que en la presente edad son en sus bodas  
fiscales, jueces, y aun agentes todas.

LEONOR. Ven, Flora; y si me deja mi fatiga  
escribir  un papel en que le diga  
a don Félix la pena con que lucho.

FLORA. El llevar malas nuevas siento mucho;  
mas distingo el porqué, de virtud lleno,  
mas por mi mal, que no por el ajeno,  
que en tales ocasiones  
los amantes est n muy preguntones,  
muy haza eros, muy desaforados,  
y sólo en dar el porte reportados. (Vanse.)

Sale DON FÉLIX, solo, con una carta.

DON FÉLIX. Esta es carta de Violante,  
a quien galán festej   
en Sevilla, y siempre halló  
en lo severa constante.  
Si mi ausencia ha despertado  
ardores en su tibieza,  
perdone, que otra belleza  
es dueño de mi cuidado.  
Y aunque en ella su beldad  
presuma ser maravilla  
siendo dama de Sevilla,  
ser  dama de ciudad.  
Y el garbo, el aire, el primor  
de las bellas cortesanas  
harán titubear las canas  
del más recto senador.  
Si para pintallas tomo  
la pluma, sólo dir   
que tienen un no s  qué,  
con que matan no s  cómo.

(Abrela.)

Quiero, pues, leerla, aunque no  
consiga fineza mía:  
bien poca prisa tenia,  
pues odo el pliego escribió.  
¡Qué prolija impertinencia!  
Más parece, y lo sospecho,  
información en derecho  
que carta ¡Lo que una ausencia  
descubre en una mujer!  
Vive Dios, que he de romperla.  
Porque ¿cómo para leerla  
ánimo podré tener?

Rómpela en dos partes, y sale FLORA con un papel al paño.

FLORA. Solo don Félix está  
y ahora un papel rompió.  
Lo poco que he visto, no  
buenas sospechas me da.  
Lo que aquí me toca es,  
a fuer de buena criada,  
suspender esta embajada,  
Oír, y hablar después.

DON FÉLIX. Sólo a ti bella deidad,  
con decente adoración  
se humilla mi corazón,  
se postra mi libertad:  
blasone con vanidad  
mi amor, de que ha merecido  
la vitoria de rendido  
a tanto hermoso primor,  
que siendo tú el vencedor  
puede triunfar el vencido.

FLORA. (Ap.) No determina sujeto  
el tal don Félix, y así  
la curiosidad en mí  
no conseguirá su efeto,  
si coger pudiese ahora  
aquel papel que rompió,  
¡Qué dichosa fuera yo  
si le viera mi Señora!  
Pardiez, que emprenderlo puedo,  
pues él está divertido;  
bájome sin hacer ruido,  
y alargo la mano; un dedo  
me falta para llegar,  
pues extender bien el brazo;  
ya está en casa el un pedazo,  
el otro se ha de pescar

con el mismo tiempo pues.

DON FÉLIX. Quiero sin que me levante...

¡Válgate Dios por Violante!

(Túrbase FLORA, y encoge el brazo.)

FLORA. (Ap.) Malo es esto: cierto es

Mi recelo; pero yo

prosigo, bien me prevengo,

ya entrambas mitades tengo,

lindamente sucedió.

La que es alcahueta fiel

a hacer todo esto se obliga;

señores, nadie le diga

que yo lo cogí el papel. (Vase.)

DON FÉLIX. Razón es reconocer

que fue indecente el desmán,

poco uso de lo galán

siendo el papel de mujer.

No enmendar la grosería

pasará de necedad,

Obre la curiosidad

si no la galantería.

En mí quiero leerle, aunque

ofendido el gusto puede.

(Sale a buscar, y túrbase.)

¿Qué es esto que me sucede?

¿Pues aquí no le arrojé

en dos partes dividido?

¿Cómo lo puedo dudar?

A nadie he sentido entrar,

yo he de perder el sentido.

Busca el papel volviendo d una parte y a otra, y sale PEPINO, gracioso.

PEPINO. ¿Qué anda buscando mi amo?

Su juicio debe de ser;

temo que den en Toledo

estos amores con él.

Señor.

DON FÉLIX.                   Pepino.

PEPINO.                       ¿Qué tienes?

¿Qué es esto? sosiégate.

¿Estás pensando en arbitrios,

o versificas? pues bien;

¿No me respondes?

DON FÉLIX.   Si es tuya

la burla, declararé

que estás cansado.

PEPINO.   No estoy,



que no he hecho ejercicio.

DON FÉLIX.

Ya es

tu desatino insufrible,  
dame la carta.

PEPINO.

¿La qué...

DON FÉLIX. la carta que ahora rompí.

PEPINO. La carta, ya la llevé  
a la estafeta.

DON FÉLIX.

Villano,

Vive el ello, que he de hacer...

PEPINO. Como no me hagas cartero,

haz cuanto quisieres (él  
está loco); no te espantes  
de que no te entiendo, pues  
de suerte te vengo a hallar  
de oscuro y cerrado, que  
he menester comentarte  
para haberte de entender.

DON FÉLIX. Pepino, no en todos tiempos  
tan desatinado estés.

PEPINO. Mil corchetes lleven mi alma,

que en el reino de Luzbel  
son sota diablos, si tal  
carta he visto, ni veré.

DON FÉLIX. No apures más mi impaciencia.

PEPINO. Yo soy muy hombre de bien;

y en materia de tomar,  
es mi conciencia tan fiel,  
que ni vivo en la provincia  
ni he sido sastre montés.

DON FÉLIX. Tres dios ha, Leonor bella,

que no he visto amanecer  
de tu beldad soberana  
la purpúrea candidez.  
Hubiera muerto de ausente  
a no animarme la fe,  
que impresa en mi pecho vive  
sin remedios del pincel.  
Voy a ver si de tus ojos  
luces puedo merecer,  
y si no de tus paredes  
lo exterior adoraré. (Vase.)

PEPINO. Juro a Cristo, hablando en veras,

que aqueste es un caso en que  
todo mi juicio, aunque es poco,  
emplear he menester.

Sale DOÑA ANA, alborotada, con manto.

DOÑA ANA. Hidalgo, por vuestra vida,  
que a una mujer amparéis,  
que del sagrado se vale  
desta casa por vencer  
un peligro en que su honor  
tormenta puede correr.  
Siguiéndome un hombre viene,  
y importa ocultarme dél;  
y aun si aquí me ha visto entrar  
segura dél no estaré.  
Para pasar a esta sala,  
licencia me dad cortés,  
hasta que del grave empeño  
deste riesgo libre esté.

(Entrase por una de las dos puertas que ha de haber a los dos lados.)

PEPINO. Tarabilla, fondo en ceño,  
si vos lo decís y hacéis  
desta manera, excusado  
el pedir licencia fue.  
¿Cosa que entrase el tal hombre,  
que muy contingente es,  
a reñir conmigo el caso,  
por qué me he metido a ser  
don Pepino de Niquea,  
pues defiendo a esta mujer?  
Por asegurar mi miedo  
a cerrar la puerta iré;  
pero con Leonor, mi amo  
vuelve aquí (¡lance cruel!),  
ella vendría hacia casa  
cuando iba a buscarla él.  
Con esta mujer cerrada,  
¿Qué haré? si Leonor la ve,  
habrá cruel carambola,  
y sobre mí ha de llover  
la peor parte; ellos llegan,  
terrible el aprieto es.  
Sólo este remedio alcanzo,  
no sé si le lograré.

(Llega a la puerta.)

Oyes, torbellino, trueno,  
rayo, demonio o mujer,  
que todo es uno, no salgas  
deste aposento basta que  
te avise; desta manera  
excusar quizá podré  
que Leonor la vea, y luego

con Bercebú la echaré.

Salen DON FÉLIX, LEONOR Y FLORA, con mantos.

DON FÉLIX. Hermosísima Leonor,

¿Cómo haces cielo esta casa?

Templa empeños, que ya pasa

a ser exceso el favor;

no pródigo el resplandor

que en tu beldad se atesora,

tanto madrugue, Señora,

nuncio sea un arrebol,

que para que nazca el sol

sale primero la aurora.

Este franco amanecer,

de hermosa es desconfiar

pues no, no para matar

toda tú te has menester;

el jazmín o el rosicler

vence en tus mejillas bellas,

sin que fulmines centellas

de esos rayos superiores,

que si matas con las llores,

¿Para qué son las estrellas?

LEONOR. Quien os oyere tan tiernas

demonstraciones de amante,

tan cariciosos afectos

de un alma que humilde yace

juzgará que vuestro amor

sólo aspira a eternizarse

constantemente en lo fino,

finamente en lo constante;

pues yo que debo noticias

de una verdad a un examen

curioso, más advertida

en la fe, sabré portarme.

PEPINO. (Ap.) Mientras se dicen los dos

veinte y cuatro disparates,

que fueran cuarenta y nueve

si cupiera el asonante,

nos podemos ir nosotros

allí dentro a hacer aparte

nuestros papeles, Florilla.

FLORA. (Ap.) ¿No ve que es un ignorante

Ero? vuesarced, mi Rey,

o mi Roque, ¿pues no sabe

que un pepino y una flor

nunca traban maridaje?

PEPINO. Anda, que eres una necia;

no en flores el tiempo gastes,  
que aunque el Papa no dispense,  
podrán en aqueste lance  
el pepino enflorescerse  
y la flor empepinarse.

(Vanse Pepino y Flora.)

DON FÉLIX. ¡Que lo firme de mi afecto  
con falsas dudas agravies,  
cuando a premiarle era justo  
que franca te adelantases!  
Desvanece esas sospechas,  
no tu crédito embaracen,  
y debate la razón  
el estar más de su parte.  
Porque tan ciego te adoro,  
que idólatra de tu imagen  
la imprimo en el corazón  
con tan rebelde carácter,  
que no han de alcanzar en ella  
jurisdicción las edades.

LEONOR. Señor don Félix, templad  
hipérboles, que es muy tarde  
para prevenir remedios  
a tan peligroso achaque.  
Yo he sabido ya que sois  
tan abonado tratante  
en empleos amorosos,  
que porque jamás no falte  
correspondencia tenéis  
(resguardo importante y fácil)  
en Madrid una Leonor,  
y en Sevilla una Violante.

DON FÉLIX. Si a tal Violante conozco,  
plegue al cielo que no alcance  
de tu beldad, Leonor mía...

LEONOR. No, no paséis adelante,  
Mirad bien lo que decís,  
porque han llegado a informarme  
del empeño que tenéis  
con esta dama, tan grande  
indicios, mejor dijera,  
tan evidentes verdades,  
que aun no concibo una duda  
que mi crédito desmaye.

DON FÉLIX. Que esa mujer no conozco,  
Leonor, te aseguro; y antes  
de culpar mi amor, debieras

con más acierto informarte.

LEONOR. ¿Ni esa carta conocéis?

DON FÉLIX. (Ap.) Por Dios que es la de Violante;  
¿Cómo ha podido llegar  
a sus manos? ¡Fuerte lance!

LEONOR. ¿Decid ahora que crea  
vuestras finezas, que pague  
vuestro amor, y que en el pecho  
impresa adoráis mi imagen...

DON FÉLIX. Ahora, pues, más rendido  
puedo a tus ojos postrarme,  
y tú más benigna ahora  
debes franquearme hospedaje;  
y en tu piedad, porque juzgo  
que es más razón declararte  
obligada que ofendida,  
apura, pues, vigilante  
este delito; ¿tú fundas  
la queja en que averiguaste  
en esa carta tus celos?  
Justo es también que repare  
en que a tus manos llegó  
quejosa de aquese ultraje  
que fulminó mi rigor;  
luego puedo asegurarte  
que pues la rompí severo  
no la correspondo amante.

LEONOR. Qué fácilmente, don Félix...

Salen PEPINO y FLORA.

FLORA. ¿Señora?

PEPINO. ¿Señor?

FLORA. Tu padre.

PEPINO. Sube ya por la escalera.

LEONOR. ¡Ay de mi! si acaso sabe...

DON FÉLIX. No te detengas, Leonor;  
en esta sala al instante  
te oculta; abre aquí, Pepino.

PEPINO. Se me ha perdido la llave  
desta puerta (esto era bueno);  
por Jesucristo, más fácil  
será entrar en esta pieza.

DON FÉLIX. Abre cualquiera.

LEONOR. ¡Qué grave  
Susto padezco!

DON FÉLIX. Conmigo,  
ningún riesgo te acobarde.

(Escóndese Leonor.)

Sale DON RODRIGO.

¿Señor don Rodrigo?

DON RODRIGO. El cielo,  
señor don Félix, os guarde.

DON FÉLIX. ¿En qué os sirvo? ¿Qué ocasión  
a honrar esta casa os trae?

DON RODRIGO. Hablaros quisiera a solas.

DON FÉLIX. Pon aquí sillas, y salte  
allá fuera.

PEPINO. (Ap.) Ya obedezco;  
cuidado me da bien grande  
esta tapada, yo temo  
algún suceso de Marte. (Vase.)

LEONOR. Aún no sosiego...

DOÑA ANA. (Ap.) De suerte  
se van enlazando lances,  
que pienso que aquí escondida  
hasta la noche he de estar.

DON RODRIGO. Las hijas, don Félix, son  
en la obligación de un padre,  
que debe correspondencias  
nobles a su heroica sangre  
el cuidado que más rinde  
la opresión que más combate.  
Ciegas en su juventud,  
no saben aconsejarse  
con la prudencia, y como es  
su naturaleza frágil,  
en el piélago de afectos,  
y ocasiones naufragantes,  
peligran; ¡oh! tema cuerdo  
el piloto destas naves:  
desvélese providente,  
prevéngase vigilante,  
que tiene para esperar  
poco feliz su pasaje,  
mucho que las aventure  
y nada que las resguarde.

DON FÉLIX. (Ap.) No me contenta el proemio;  
pero cuerdo he de portarme.

DON RODRIGO. Señor don Félix de Acuña:  
la amistad que vuestro padre  
y yo estrechamos sirviendo  
en los Estados de Flandes,  
os ha de obligar ahora  
a no ocultarme verdades,  
que es preciso averiguar

en un negocio importante.  
Vos sabéis mucho de historias,  
y de todos los linajes  
de España.

DON FÉLIX. Confesar puedo  
que he negado a ociosidades  
el tiempo, y que a aqueste estudio  
mi inclinación me persuade,  
que ya, señor don Rodrigo,  
se ha hecho más venerable  
con profesarle, advertido,  
el más bizarro, el más grande  
sacro monarca del mundo.

DON RODRIGO. Decidme, pues, si la sangre  
de don Juan Osorio puede  
sin escrúpulo mezclarse  
con quien le pretende hacer  
su yerno.

DON FÉLIX. (Ap.) ¡Qué pena! ¡al fácil  
impulso de aquesta voz  
muerta mi esperanza yace!

LEONOR. (Ap.) ¡Que en violentar mi albedrío  
se empeñe tanto mi padre!

DOÑA ANA. (Ap.) ¡Qué escucho! ¡fuerte rigor!  
¿Don Juan de Osorio casarse  
con otra, cuando en mi pecho  
logra amorosas piedades?

DON FÉLIX. (Ap. Aunque me cueste la vida  
ha de ser tuerza aprobarle.)  
Todas las prendas que pueden  
hacer envidiado y grande  
a un caballero, concurren  
con bien gloriosos esmaltes  
en don Juan; estad seguro  
que en lo ilustre de la sangre  
de mal ya formadas dudas  
ni aun el peligro no cabe.

DON RODRIGO. Buenas nuevas me habéis dado;  
decidme, así Dios os guarde,  
¿no estará Leonor gustosa?  
¿Mil gracias no podrá darme  
por tal dueño?

DON FÉLIX. Señor, eso  
las historias no lo saben;  
consultadlo con su gusto.

(Ap. ¡Qué este pesar no me mate!)

DON RODRIGO. Mi gusto es el suyo; voy

a concluirlo al instante.

¿Qué hacéis, don Félix?

DON FÉLIX. Salir

a acompañaros.

DON RODRIGO. En balde

intentaréis tal suceso;

mirad que...

DON FÉLIX. No he de quedarme.

(Vanse.)

Sale DOÑA ANA, tapada

DOÑA ANA. Yo me resuelvo a salir,

que esta es buena ocasión, antes

que otros estorbos lo impidan,

que tiempo ha habido bastante

para que mi hermano, que es

a quien encontré en la calle

y de quien huyendo entré

en esta casa a ocultarme

porque no me conociera,

haya pasado adelante;

es mi hermano muy marido.

LEONOR. ¿Qué paciencia habrá que baste

a sufrir lo que estoy viendo?

Vive el cielo ¡pena grave!

Que en aquella sala oculta...

no puedo hablar... el coraje,

la voz me ahoga en el pecho.

DOÑA ANA. ¡Ay, don Juan! no has de casarte,

aunque me cueste la vida.

Va a salir doña Ana, y entra DON FÉLIX y piensa que es Leonor.

DON FÉLIX. (Ap. Logre la suerte crueldades,

en quien...) ¡Señora, mi bien!

LEONOR. ¡Qué esto escuche!

DON FÉLIX. No recates

estas estrellas que al sol...

aguarda, espera, no pases.

(Entrase doña Ana; don Félix quiere ir siguiéndola y al entrarse detiene Leonor muy enojada.)

LEONOR. ¡Que a una mujer de mis prendas

esto le suceda! Antes

será bien que os agradezca

esta fineza.

DON FÉLIX. ¡Notable

caso! ¿Es verdad o ilusión

lo que veo? ¿Por qué parte

pudo ser?



LEONOR.                    Señor don Félix,  
no es hazaña, no es galante  
trofeo engañar así  
a mujeres principales.

DON FÉLIX. ¿Cómo engañar, Leonor mía?  
Vive el cielo, que constante...

LEONOR. Vive el cielo, que es acción  
infame el no embarazarse  
de tan vil correspondencia,  
que a mis ojos... Pero calle.

DON FÉLIX. Señora Leonor, advierto  
que injustamente...

LEONOR.                    Dejadme,  
no encendáis más este fuego  
Que con saña penetrante  
abrsa mi corazón;  
pues yo, yo sabré vengarme;  
y ya que excusar no pueda  
de mi flaqueza el desaire,  
sabré enmendarle de suerte  
que os asombren, que os espanten,  
de una mujer ofendida  
soberbias temeridades.

DON FÉLIX. ¡Que esto me suceda, cielos!  
¿Qué mujer pudo ocultarse?  
¿Cuándo? ¿Cómo? Estoy sin juicio.

LEONOR. Pues no le perdáis, cobradle,  
que no importa que esté oculta  
en vuestra casa Violante,  
que no es mal huésped don Félix.

DON FÉLIX. ¿Qué, la verdad no me vale  
en esta ocasión, Leonor?  
Plegue al cielo que me abrasen  
de un rayo el voraz incendio,  
que escandalizando el aire  
del pardo horror de una nube  
pavoroso aborto baje...

LEONOR. Vaya, proseguid, que ya  
lo fingido con lindo aire.

DON FÉLIX. Plegue al cielo que una fiera  
sañuda me despedace,  
o que sea de mi vida  
feroz alimento un áspid.

LEONOR. ¿Maldiciones? otra culpa;  
vulgarísimo desaire.

DON FÉLIX. Sino te venero humilde,  
si no te adoro constante,

si conozco a esa mujer,  
pues aunque has visto que sale  
ahora de ese aposento,  
por Dios, que he estado ignorante  
de que se ocultaba en él;  
y lo que pudo obligarme  
a seguirla fue pensar...

LEONOR. ¿Que era yo? Disculpa fácil,  
cierto que os debo infinito,  
don Félix.

DON FÉLIX. Si no es bastante  
aquesta satisfacción,  
mi bien, para asegurarte,  
forma, despide, fulmina,  
severa, airada, implacable,  
rigores, iras y enojos;  
que humilde, rendido, amante,  
perseveraré sufriendo,  
que tuyo he de eternizarme,  
sino a pesar de fatigas,  
firme a pesar de pesares.

LEONOR. ¿De qué ha servido cansaros  
en ese amoroso alarde,  
si mucho menos ahora  
os he creído que antes?

DON FÉLIX. Eso es matarme, Leonor.

LEONOR. Eso es, don Félix, vengarme.

DON FÉLIX. ¡Que no creas mis finezas!

LEONOR. ¡Que no pagues mis verdades!

DON FÉLIX. Yo te adoro.

LEONOR. Tú me ofendes.

DON FÉLIX. Firme soy.

LEONOR. Eres mudable.

DON FÉLIX. Mira bien...

LEONOR. Son evidencias.

DON FÉLIX. Oye disculpas.

LEONOR. Es tarde.

DON FÉLIX. No tan airada a mis ruegos...

LEONOR. En vano me persuades.

DON FÉLIX. Pues en rigor tan crecido...

LEONOR. Pues en tormento tan grave...

DON FÉLIX. ¡Valedme, cielos, valedme!

LEONOR. ¡Vengadme, cielos, vengadme!

Jornada segunda

Salen DON JUAN, y DOÑA ANA con manto.

DON JUAN. Doña Ana hermosa, dulce prenda mía,  
que has madrugado a duplicar el día,  
siendo entre más lucidos arrebales,  
cada lucero tuyo muchos soles;  
siendo, negada a frágiles desmayos,  
cada mejilla tuya muchos Mayos;  
pues heredan en vida a tus primores,  
luz las estrellas y verdor las flores;  
débate confianza más segura  
un alma, que al poder de tu hermosura,  
rinda la libertad más presumida  
que de poder triunfar de ser vencida;  
Tú serás sola, ¡oh adorado dueño!  
Debida recompensa a tanto empeño,  
de mi amor, de mi fe, de mi cuidado,  
el empleo, el objeto y el sagrado.  
(Ap. Finjo, por lo que debo a su decoro,  
que a esta aborrezco y a Leonor adoro.)

DOÑA ANA. (Asegurada quedo, aunque celosa;  
vine, pues miro en él tan afectuosa,  
y tan firme su fe con mi esperanza  
no será bien mostrar desconfianza);  
justo es que se asegure mi advertencia  
de que no has de negar corresponden  
a un afecto tan ciego,  
que fue posible a tu amoroso fuego,  
y que fue tan profundo mi recato  
por ser contigo fiel, conmigo ingrato;  
tan poderosa obligación no no creo,  
que la ha de atropellar otro deseo,  
que ni en tu sangre presumir se debe  
de vulgar proceder, acción aleve,  
ni cuando inadvertido y desatento  
se osara revelar tu atrevimiento  
contra... Pero enmudezca el necio labio  
que ni aun temido he de sufrir mi agravio

DON JUAN. Yo, mi bien, te venero tan constante,  
tan ciegamente amante,  
que de mi activa llama o la porfía  
pasa de amor y llega a la idolatría  
Pues...

DOÑA ANA. Ya en una fe que llega a extremos  
retóricos apoyos afectemos,  
que la que tanto en ambos se acredita  
no de ponderaciones necesita,

y en lo muy bachiller, así lo siento,  
la voluntad parece cumplimiento,  
el amor ha de ser, para ser fino,  
portugués envainado en vizcaíno.

DON JUAN. Ya mudo tu belleza reverencio;  
enmudezca la voz, hable el silencio.

DOÑA ANA. Muda, pues, a mi afecto haré más sabio  
hablen los ojos y enmudezca el labio.

DON JUAN. (Ap.) Harto finjo, Leonor, por obligarte.

DOÑA ANA. (Ap. Harto me animo, honor, por esforzarse  
pues adiós, mi don Juan, que mi esperanza  
va navegando en próspera bonanza.

DON JUAN. Más vida pertenece a mi ventura:  
Clicie he de ser del sol de mi hermosura.

DOÑA ANA. No has de ir conmigo, que si cuidadoso,  
como anda celoso,  
de mis pasos mi hermano fuere espía,  
sola es mejor que me halle.

DON JUAN. Ya del día  
lloro el ocaso, pues tu ausencia lloro.

DOÑA ANA. Tu sangre, mi razón y mi decoro,  
dan voces en tu pecho mudamente;  
no te niegues, don Juan, a lo decente,  
que mujeres airadas, no te asombre,  
no son mujeres, sino más que hombres. (Vase.)

DON JUAN. Bien defiende su justicia;  
pero está muy pertinaz  
el juez; sobornole amor  
con otra hermosa deidad.  
Avasallase a su imperio;  
y así, ciego en el obrar,  
arde en esta llama tibio  
Y en la otra llama inmortal.

Sale FLORA con un papel.

FLORA. Buenas nuevas, buenas nuevas.  
¡Albricias, señor don Juan!

DON JUAN. Flora mía, flor hermosa  
de aquel Mayo celestial,  
rayo de aquel sol divino  
de quien puede mendigar  
luz el que de aqueste globo  
es antorcha universal,  
¿De qué dicha me aseguras  
feliz vitoria? No ya  
con suspensiones tu voz  
dilata mis glorias más.

FLORA. De mi ama, cuando menos,

os traigo un papel; catad  
si vos hará buena pro  
bocado que es dulce asaz.

DON JUAN. ¿Papel de Leonor? Un mundo  
para premiarte, será  
corta recompensa.

FLORA. Sabe  
Su Divina Majestad,  
don Juan, que fueron mis ruegos  
tenazas, y en su crueldad  
clavó el papel; forcejemos,  
yo tirar y el a cejar.  
Emperreme, agarré bien,  
y de un tirón, a pesar  
de su fuerza, le arranqué  
de su recato. Mirad  
si con tal perro de ayuda  
podrá vuestro amor pelear.

DON JUAN. Toma esta cadena, sea,  
no paga, sino señal  
de mi afecto; y dame, Flora  
ese tesoro, en que está  
cifrada de mi deseo  
la mayor felicidad.

FLORA. Admito el trueque. (Ap. Si medio  
pliego de papel no más  
paga así un amante, ¿a cómo  
cada resma le saldrá?)

DON JUAN. ¡Con qué alborozo a esta dicha  
todos mis sentidos van!

(Lee) « Para remedio de cierto disgusto en que corre tormenta mi libertad, necesito de  
hablaros esta noche en mi casa; suplicoos que estéis en ella a tiempo en que por estar fuera  
o recogido mi padre, pueda tener seguridad de que no os vea. El cielo os guarde. -Leonor».

A un favor tan declarado,  
¿Quién se halla tan incapaz  
de merecerle? ¿Qué extremos  
desempeñarle podrán?

FLORA. (Ap.) ¡Ay, mi don Juan de buen alma,  
qué fácil sois de engañar!  
¡Cómo después esa miel  
se os ha de volver agraz!

Salen DON FÉLIX y PEPINO.

DON FÉLIX. ¿Señor don Juan?

DON JUAN. ¡Oh don Félix,  
a qué buen tiempo llegáis!

DON FÉLIX. (Ap.) ¿Qué miro? ¡Valgame el cielo!  
¿Flora en casa de don Juan?

FLORA. (Ap.) De verme aquí tendrá celos  
don Félix; pero él sabrá  
presto la verdad del caso.

DON JUAN. Ayudadme a celebrar  
el triunfo más soberano  
de la más bella deidad  
a quien en su templo, amor  
construye sagrado altar.  
que Pues a los dos informa  
la ley de una voluntad,  
lo que fuere gusto mío  
interés vuestro será.  
aquella dama, de quien  
os hablé tres días ha,  
aunque en su rigor entonces  
se mostró tan pertinaz,  
sosegado el cespó orgullo  
de su airada tempestad  
en el puerto de su pecho  
se abriga mi nave ya.  
Aquesta criada ahora  
un papel suyo me trae,  
que de su amorosa llama  
confirmadas muestras da.  
Mirad si debo a esta dicha  
festiva solemnidad,  
cuando aunque indigna sus aras  
la adoración llegará.

PEPINO. (Ap.) No es nada lo que le ha dicho,  
poco turbio es el don Juan.

DON FÉLIX. (Ap.) ¿A quién le habrá sucedido  
caso cómo este jamás?  
¡Pues no he muerto a la violencia  
de tan sañudo pesar,  
o aprendo para insensible  
o estudio para inmortal.

DON JUAN. ¿Qué decís de mi ventura?

DON FÉLIX. Digo, que es justo estimar  
favor, que aun vuestro deseo  
no pudo crecerle más.

(Ap. Sin alma estoy y estoy vivo,  
¡Oh! abráseme este volcán  
de mis celos, como celos  
de mis agravios, que ya  
aun se ha negado a mi pena

el alivio de dudar.  
¡Que sufra a mis ojos esta  
infamia!) Señor don Juan,  
no es razón que malogréis  
esta visita, que os da  
nuevas de tanto favor  
por mí; yo os quiero dejar,  
que esta tarde os buscaré  
desocupado.

DON JUAN. Esperad.

DON FÉLIX. Esa atención es primero.

DON JUAN. Para todo habrá lugar.

DON FÉLIX. No, no quiero embarazaros.

DON JUAN. Vos nunca me embarazáis.

DON FÉLIX. Rabiando voy a morir. (Vase.)

FLORA. (Ap.) Chispeando de celos va.

DON JUAN. Desazonado advertí

a don Félix, aunque más  
se esforzaba, que una pena  
siempre se desmiente mal;  
iré siguiéndole, Flora,  
de aqueste papel será  
mi obediencia la respuesta;  
y adiós, adiós, que alcanzar  
a don Félix es forzoso. (Vase.)

FLORA. El cielo os guarde, don Juan.

PEPINO. Taimada, proto alcahueta,  
que sin duda es Satanás.

Tu catedrático en esta  
doctrina de alcahuetear;  
de las bolsas el ce ce,  
de los chismes el cis zas,  
cocinera de embelecocos  
que con su pimienta y sal  
los guisas, cual digan beatas,  
¿Cómo, di, sin más ni más  
en el signo Capricornio  
ha puesto a don Félix ya  
esta tu ama? Di, ¿cómo  
es con él tan liberal  
de los tallos que se crían  
en Medellín? Ven acá,  
dame al punto cuenta desto,  
que está mi curiosidad  
a la muerte por saber  
el caso.

FLORA. Pues allá ya

porque no mal para; escuche,  
señor mío: en Madrid no hay  
dama ninguna que pueda  
con solo un galán pasar,  
porque son tan redomados  
aun los más finos, que ya  
cualesquiera dellos es  
de su bolsa más galán  
que de su dama; y así,  
mi ama quiere imitar  
el común estilo, haciendo  
como todas las demás;  
que galanes y camisas  
siete se han de remudar  
cada semana.

PEPINO. Setenta,

y falta nos pueden dar  
las tales hembras. ¡Mal año!  
¡Fuego, fuego de alquitrán  
en sus mañas y en sus mozos  
que un amén no faltará!  
Pero dejando esto aparte,  
¿Cuánto te ha dado don Juan  
por el papel de Leonor?

FLORA. Esta cadenilla; mas  
della vuesaaced, mi Rey,  
Niquil ha de garrafar.

PEPINO. ¡Oh buen Juan! oh Juan divino!  
¡Oh Juan de Juanes, y tal  
que comparado contigo  
es Juanillo el preste Juan!  
De los Juanes he de ser  
tan abogado, que ya  
me muero por los juanetes  
porque comienzan con Juan.  
¡Ay, Flora, lo que te quiero!

FLORA. ¿Mucho?

PEPINO. Mucho.

FLORA. ¿Tanto?

PEPINO. Y Más.

FLORA. ¿Y sin la cadena?

PEPINO. ¡Zape!

FLORA. ¿Y con ella?

PEPINO. Miz.

FLORA. ¡Oh gran  
tacaño!

PEPINO. Tu aprendiz soy.



FLORA. Pues amigo, no hay que hablar.  
Ojos que la vieron ir,  
no en Flora la verán más.

PEPINO. Siguiéndote iré, aunque vayas  
al mismo infierno a parar. (Vase.)

Sale LEONOR sola.

LEONOR. No he podido conseguir  
este triunfo, y así es justo,  
para libertar mi gusto  
otros medios elegir.  
Hablaré claro a don Juan,  
cortés será mi desprecio.  
¡Oh, plegue a Dios que lo necio  
no le estrague lo galán!  
Mi padre en esta violencia  
está ciego, y no es casarme  
sino antes venderme, darme  
marido por conveniencia.

Sale FLORA

FLORA. ¿Señora?

LEONOR. ¡Ah mi Flora!

FLORA. Ya

El papel se despachó.

LEONOR. Y dime, ¿qué respondió?

FLORA. Que su obediencia será  
la respuesta.

LEONOR. Bien lo hiciste.

FLORA. No tan bien que no me viese  
tu don Félix y tuviese  
celos.

LEONOR. ¿Pues dónde le viste?

FLORA. A ver a don Juan entró  
cuando yo estaba con él  
hablando; al fin, que el papel  
era tuyo no ignoró.

LEONOR. Fácil será el sosegar  
lo inquieto de sus desvelos,  
pues de lo que tiene celos  
antes le debe obligar.

FLORA. Presto la satisfacción  
de don Félix admitiste,  
de cera a sus ruegos fuiste,  
¡Qué blanda es tu condición!

LEONOR. ¡Ay Flora! es tan vehemente  
este afecto de mi amor,  
que aun estudiando el rigor  
no sé mostrarme impaciente.

En la mayor tempestad  
de mis airados enojos,  
dejar que mientan mis ojos  
no quiere la voluntad.  
En mi cualquiera aspereza  
es ley de mi pundonor,  
porque es bien mostrar valor  
aun dentro de una flaqueza.

FLORA. Notables sois los que amáis;  
extraña es vuestra locura,  
nunca estáis con más ternura  
que cuando sin él estáis.  
Pucheritos son de niños  
vuestras iras en rigor,  
que en diciendo bajo el amor,  
paran en tiernos cariños.

LEONOR. Tú solo de mi albedrío  
el imperio vencerás,  
tú solo eternizarás  
dominio en el pecho mío  
a ti solo avasallada  
triumfos el alma previene.

FLORA. Hele, hele por do viene  
don Félix por la calzada.

LEONOR. Pues ten tu cuidado, Flora,  
de avisarme si don Juan  
viene o mi padre.

FLORA. Serán  
Linces mis ojos, Señora. (Vase.)  
Sale DON FÉLIX.

LEONOR. ¿Cómo, señor don Félix, desta suerte  
en mi cuarto os entráis, cuando se advierte  
riesgo tan evidente  
en quien mi padre venga, y...

DON FÉLIX. No consiente,  
Aleve, ingrata, en el pesar que siento  
ley la razón ni freno el sufrimiento.  
Cocodrillo engañoso,  
cauta sirena y áspid venenoso,  
de cuyo ingrato pecho es lo halagüeño,  
cauto disfraz de tu sañudo ceño.  
¿Eres tú la que amante  
ostentó presunciones de constante,  
alegando finezas repetidas,  
según las ponderabas bien sentidas?  
¿Eres tú la que en llama siempre ardiente  
de mi amor a las aras obediente

sacrificaste el alma,  
quedando ufana de rendir tu palma?  
¿Eres tú... Mas no eres,  
cada instante sois otras las mujeres;  
un papel... ¡qué rigor! ¡mortal me siento  
a don Juan... ¡qué pesar! ¡grave tormento!  
Le escribes? Donde bien mi fe pagaste  
cuanto pudo desear le aseguraste,  
en tormenta de agravios tan severa,  
ya que de amante no, de honrado muera.

LEONOR. Templá, don Félix, desaires  
contra mi decoro; templá  
de inadvertidos discursos  
mal informadas sospechas.  
Apura esas presunciones  
antes que a mi honor te atrevas,  
que si en tu crédito caben  
no caben en mi decencia.

DON FÉLIX. Sólo esto me falta ahora  
para que mi juicio pierda;  
pues, ingrata ¡estoy sin mí!  
¿No son evidencias ciertas  
las que a mi sentido informan  
de esta injusta grave ofensa?

LEONOR. Mira si de tus indicios  
es la información siniestra  
pues antes me debes gracias  
de lo que concibes quejas.

DON FÉLIX. (Ap. Ya se enmienda.) Leonor, muda  
de proceder; no pretendas  
cuando reprimo furores  
desenfrenar impacencias;  
para incertidumbres guarda  
satisfacciones, que es necia  
la disculpa que se anima  
a vista de una evidencia.

LEONOR. Oye, pues, los desengaños  
de tus celos, porque adviertas  
que no es legítimo el juicio  
que de apariencia se engendra.

Sale FLORA.

FLORA. Señora ¡gran mal! tu padre  
en cuerpo y en alma llega  
cerca de casa; ya el coche  
se siente.

LEONOR. ¡Terrible pena!

FLORA. Mira que también don Juan

en la antecámara espera.

¿Qué he de hacer?

LEONOR. ¡Fuerte rigor!

Flora, a mi cuarto le lleva.

(Vase Flora.)

Don Félix, bien ves el riesgo  
en que estamos.

DON FÉLIX. Pues ¿qué intentas?

LEONOR. Que antes que llegue mi Padre  
te vayas; esto te ruega  
mi amor.

DON FÉLIX. Pues adiós, ingrata,  
para siempre.

LEONOR. Cuando sepas  
mi designio, estimarás  
la verdad de mis firmezas.

(Vase LEONOR por la una puerta va a salir DON FÉLIX por la otra, y detiéndose.)

DON FÉLIX. Bueno es esto. ¡Vive Dios

que sube ya la escalera  
don Rodrigo! No es posible  
que salga si ¿que me vea.  
¿Qué haré, cielos? ¡Oh si acaso  
en alguna sala de estas  
puedo esconderme! ¡Qué dicha  
ha sido el hallarla abierta!

(Escóndese don Félix.)

Salen LEONOR, DON JUAN y FLORA.

DON JUAN. Dichoso he sido, Leonor,  
en que esta ocasión se ofrezca.

LEONOR. (Ap.) Mira si viene.

FLORA. Ya miro,  
(Que en esto nada soy lerda.)

LEONOR. Forzoso es, señor don Juan,  
que os entréis en esta pieza  
hasta que yo de mi padre  
desembarazarme pueda.

DON JUAN. Aquí, mi Leonor, te aguardo.

LEONOR. Entra, pues.

FLORA. Acaba, cierra  
Presto, que llega tu padre.

(Escóndese don Juan.)

Sale DON RODRIGO.

DON RODRIGO. (Ap. Presto, que tu padre llega,  
dijo Flora. ¿Cómo, cómo,  
Leonor, no se lo que crea,  
recata ninguna acción  
de mí? Cuerda mi advertencia

disimule.) ¡Oh Leonor mía!

LEONOR. ¿Pues cómo, Señor... (Ap. Oh quiera el cielo que no me turbe!)

FLORA. (Ap.) Animo, apretar la cuerda.

LEONOR. ¡Te recoges esta noche tan tarde?

DON RODRIGO. Una diligencia  
tuve que hacer, fue preciso  
que me detuviese en ella.

Sale PEPINO y túrbase.

PEPINO. ¿Cómo, Señor, sin decirme...  
(Ap. ¡Oh cuerpo de Cristo, buena  
la habemos hecho!)

LEONOR. (Ap.) ¡Que entrase  
de este modo! ¡Suerte adversa!

DON RODRIGO. No os vais, hidalgo, esperad.

PEPINO. Yo esperaré más que esperan  
treinta indios. (Ap. Pensé  
que aquí mi amo estuviera,  
pensé mal; por tal pensar  
un pienso como a una bestia  
me pueden dar.)

DON RODRIGO. (Ap. ¡Ay de mí!  
Muchas sospechas son estas.)  
¿A quién buscáis en mi casa  
a estas horas?

PEPINO. (Ap. ¿Qué respuesta  
le daré?) Señor, yo busco  
a quien vos quisiereis; vea  
vuestro gusto la persona  
que he de buscar, buscarela,  
que yo sabré ser buscón;  
en mi vida armé pendencia.

FLORA. (Ap. El se ha turbado; ahora bien,  
Al arma, embustes.) (A LEONOR. No temas  
señora, que ya yo voy con una valiente treta.)  
Camargo, ¿cómo se ha entrado  
hasta acá dentro? ¿Allá fuera  
en el corredor no dije  
que me esperara? ¡Qué necia  
licencia de escuderazo!

PEPINO. (Ap.) Vive Dios, que me marea  
esta mujer. ¡En mi vida  
he visto tal embustera!

DON RODRIGO. ¿Luego conoceisle vos?

FLORA. Y tú también, si te acuerdas,  
le conoces: es criado

de doña Aldonza Teresa  
de Girón, grande amiga  
de mi Señora.

PEPINO. Es la misma  
verdad, si he de andar puntual,  
la que dice esa doncella;  
si no que soy vizcaíno,  
y así tengo corta estrella  
en hablar, luego me turbo.

LEONOR. (Ap.) Dicha será que lo crea.

DON RODRIGO. ¿No es bueno, que siempre os quise  
reconocer? Cierto era  
que en otra parte os había  
visto.

PEPINO. Sí, Señor, en esta  
casa, donde ha un mes que sirvo  
a doña Alcuza Perea.  
(Ap. ¡Vive Cristo que erré el nombre!  
El diablo me saque de esta,  
por quien es...)

DON RODRIGO. ¿Y a qué venís  
tan tarde?

FLORA. A una impertinencia;  
viene por una jaulilla  
que me encargó que la hiciera  
su ama, que tengo yo  
linda maña para hacerlas,  
porque mañana ha de ir  
a dar una norabuena,  
y quiere llevar el moño  
bien puesto.

PEPINO. (Ap.) La quinta esencia  
del enredo es la Florilla.  
¡Mal año, como las pega!

LEONOR. (Ap.) Lindamente ha sucedido.

DON RODRIGO. Pues esperad allá fuera,  
que luego os despacharán.

PEPINO. ¿Oye usted, Señora? Sea  
con brevedad, que me faltan  
treinta recados, y es fuerza  
darlos todos esta noche.

FLORA. Ya salgo, tenga paciencia.

PEPINO. (Ap.) Mamola el viejo; el demonio  
en esta trampa no diera. (Vase.)

FLORA. (Ap.) Con lindo arte hemos salido  
de este aprieto.

DON RODRIGO. Leonor, entra

en tu cuarto, que es ya hora  
de recogernos.

LEONOR. (Ap.)

Atenta

esperaré a que mi padre  
se acueste, porque no pueda  
estorbar que hable a don Juan;  
que en aquesta diligencia  
fundan mi amor y mi gusto  
el remedio de mi pena.

(Vanse Leonor y Flora.)

DON RODRIGO. Ya se entró, ¡válgame Dios!

¡En qué confusa tormenta  
de recelos mi discurso  
temiendo naufragios queda!  
¿A qué propósito pudo  
decir Flora ¡grave pena!  
a Leonor, cuando yo entraba  
«Presto, que tu padre llega?»  
¿Y este hombre, que tan hallado  
se entró en mi casa ¡oh severa  
Fortuna! en su turbación  
No dio disculpado muestras?  
¿Pero en Leonor han perdido  
la cordura y la modestia  
decente albergue jamás?  
¿No han vivido siempre en ella  
la atención tan sin estrago  
y el recato tan sin queja,  
que desmintieron su edad  
sus ancianas advertencias?  
Cierto es, sí; pero es mujer  
y está su naturaleza  
tan cercada de peligros,  
tan pronta a las contingencias  
de un licencioso desaire,  
de una profana flaqueza,  
que el reprimirse es difícil;  
y así es justo que la tema  
en lo dama bien hallada  
y en lo advertida extranjera.  
Vive Dios, que he de quietar  
o averiguar mis sospechas;  
haga, pues, hoy mi cuidado  
la diligencia primera.  
Registrar toda la casa  
será bien, pues aunque sea  
vano este escrúpulo, es justo

que mi obligación atienda  
aun al menos importante  
examen; pase de atenta  
al extremo de prolija  
mi vigilante cautela. (Vase.)

Asómase a la puerta DON FÉLIX.

DON FÉLIX. Parece que ya rendidos  
a la quietud halagüeña  
de la noche, yacen todos  
en la estación más funesta.  
Pero si no fue ilusión,  
pasos he sentido cerca  
desde aquí podré curioso  
ver quien es sin que me vea.

Sale DON RODRIGO con una luz.

DON RODRIGO. Estas dos salas me faltan  
de mirar; esta primera  
está cerrada.

(Tienta la puerta, y en el ruido que ha de hacer un pestillo, parezca que está cerrada; va a pasar a la otra, llame don Juan por de dentro.)

DON JUAN. (Dentro.)                                       ¿Es Leonor?

DON RODRIGO. ¡Ay de mí! ¡Terrible pena!

DON FÉLIX. ¿Qué escucho? ¡Ah tirana, cómo  
fueron mis sospechas ciertas!

DON JUAN. Abre, mi bien.

DON RODRIGO.   ¡Que al combate  
de esta desdicha no muera!  
No está en la puerta la llave,  
abriré con la maestra;  
Si, ya abro.

Sale DON JUAN, y túrbase.

DON JUAN.   ¡Oh Leonor mía!

Mas, ¿qué miro? ¡Suerte fiera!

DON FÉLIX. ¡Mortal estoy!

DON RODRIGO.   Pues don Juan,

vos con tirana grosera  
osadía, os atrevéis  
a oscurecer la soberbia  
sagrada luz de mi honor?  
¿Vos animáis en ofensa  
de mi opinión tan indignas  
escandalosas violencias?  
Pues con más lícitos medios,  
con pretensiones más cuerdas,  
¿No consiguierais posible  
lo que atrevido os despeña?



Vive Dios, que destemplara  
lo cuerdo de mi paciencia  
del estrago más airado  
la venganza más sangrienta,  
a no juzgar que estas son  
galanterías que empiezan  
a ser en fe de marido  
anticipadas finezas  
en vos. Bien os empeñáis,  
no, no, no me descontenta,  
que ya, don Juan, lo galán  
costosos riesgos os deba.

DON JUAN. Nunca, señor don Rodrigo,  
me determiné a esta empresa  
con intención que ofender  
vuestro respeto pudiera;  
siempre de vuestro decoro  
veneré la conveniencia.

DON RODRIGO. ¿Paréceos, señor don Juan,  
que a no creer eso, tuviera  
tanta paciencia? Ya sé  
que no fue intención siniestra.

DON JUAN. Licenciosas travesuras  
de quien alcanzar desea  
de hijo vuestro humilde nombre,  
templado enojo merezcan.

DON RODRIGO. (Ap. Él está pronto a casarse,  
no es bien mostrarle aspereza.)  
No sino agradecimientos  
de quien es bien que os prevenga  
desde hoy caricias de padre  
y olvidos de suegro. Sea  
confirmación este abrazo  
de obligación tan estrecha.

DON JUAN. Siempre, Señor, me hallaréis  
sujeto a vuestra obediencia.

DON FÉLIX. ¡No sé como me reporto  
en desdicha tan severa!

DON RODRIGO. Desde ahora es justo que corra  
el serviros por mi cuenta,  
el no dilatar la boda  
bien veréis que será fuerza.  
Y así, puesto que ha de ser  
esta casa siempre vuestra  
(Así mi honor aseguro),  
desde hoy quiero que lo sea;  
lo restante de la noche

habéis de pasar en ella.

DON JUAN. No os merece este favor  
quien tanto en él interesa.

DON RODRIGO. (Ap.) De esta suerte los estragos  
de esta ruina se remedian.

DON JUAN. (Ap.) ¡Quién creyera que este caso  
de mi amor el logro fuera!

Ya he conseguido esta dicha.

DON RODRIGO. (Ap. Ya he redimido esta ofensa.)

Entrad, pues, señor don Juan.

DON JUAN. En mi vuestro gusto reina.

(Vanse.)

Sale DON FÉLIX de donde estaba escondido.

DON FÉLIX. ¡Quedamos buenos, amor!

Restan más desdichas, restan

más iras de la fortuna

contra esta vida, que queda

ya de la muerte pisando

la horrible pálida senda?

Todo el veneno apuré

que con severa violencia

incluye en sí el desengaño;

Perdite ya, sin que pueda

animar una esperanza

en tan prolija tormenta.

¡Mal haya quien en lo frágil

de una mujer lisonjera,

de su gusto y de su honor

deposita las riquezas!

Vive Dios, que si esta ingrata

no ve la misma evidencia

del delito, ha de negar

la culpa! Pues porque tenga

imposibles las salidas

en los cargos de esta ofensa

se me ha ofrecido esta traza.

A don Juan en esta pieza

por secreta recataba;

luego es forzoso que vuelva

a querer abrirle; pues

yo me he de ocultar en ella,

porque cuando al agresor

busque de mí agravio vea

al ofendido, que airado,

su aleve pecho condena.

(Escóndese don Félix donde estaba don Juan.)

Sale LEONOR con luz.

LEONOR. Ya parece que mi padre  
en mansa quietud sosiega  
segura, pues, a don Juan  
podré hablar. Llegó a la puerta.  
Don Juan, bien podéis salir.  
Mas, ¿qué veo?;Pena inmensa!

Sale DON FÉLIX.

DON FÉLIX. Ya salgo, ingrata alevosa  
a hacer fúnebres obsequias  
a mi esperanza; ya salgo  
a ver la correspondencia  
de una voluntad, que tuvo  
desdichas de verdadera;  
ya salgo de mí, Leonor,  
mira si quedas contenta.

LEONOR. ¡Mi bien! ¡Don Félix! ¡Mi dueño!  
Injustamente te quejas  
de mi amor, porque a mi amor  
debes tan grandes finezas  
que el mayor extremo en ti  
será corta recompensa,  
que aunque este suceso arguye  
culpa contra...

DON FÉLIX. Cesa, cesa  
de multiplicar agravios,  
que ya en mi pecho no hay fuerzas  
para poder tolerar  
su sediciosa contienda.  
De suerte en estos delitos  
vas procediendo, que llegan,  
más que cuando los cometas  
a irritar cuando los niegas.

LEONOR. Pues ¿cómo no he de negarlos  
si estoy de ellos tan ajena  
que aun imaginado en mí  
no hay desaire que se atreva?

DON FÉLIX. Digo que tienes razón;  
digo, Leonor, que son ciertas  
de tu afecto las caricias,  
de tu pecho las firmezas.  
Digo que no son verdades  
estos sucesos, que alegan  
evidencias, que son juzgo  
ilusiones de la idea.  
Tú desmientes en lo firme  
tu ser; pero tus finezas

serán de meditación,  
que sólo cuando te elevas  
en éxtasis retirado  
las fías a las potencias.  
No te espantes que las dude  
que al fin, como por las puertas  
de los sentidos jamás  
han salido, es cosa cierta  
que si no las adivino  
no es posible que las crea  
y ya, Leonor, nada importa  
ser falsas o verdaderas.  
Tu padre halló recatado  
a don Juan en esa pieza;  
portose cuerdo, obligole  
¡qué rigor! a que viniera  
en tu casamiento. Vino  
en él, concertada queda  
para mañana tu boda  
y mi muerte... Considera  
si esta paga satisface  
de mis afectos la deuda.

LEONOR. ¿Qué es lo que dices? ¿Mi padre  
para darme muerte ordena,  
que con don Juan... Y que tú...  
aquí enmudece la lengua;  
dueño mío.

DON FÉLIX. Basilisco  
mío...

LEONOR. Oye, porque sepas...

DON FÉLIX. Calla, porque no ocasiones...

LEONOR. Que el corazón te venera...

DON FÉLIX. Alguna temeridad  
de mi loca inadvertencia.

LEONOR. Piadosa, ya que no amante,  
te procuran mis ternezas.

DON FÉLIX. Honrado, si no advertido,  
te excusaré lisonjera.

LEONOR. Mira que...

DON FÉLIX. No hay que mirar.

LEONOR. Advierte...

DON FÉLIX. Nada me adviertas.

LEONOR. Que soy...

DON FÉLIX. Frágil, ya lo he visto.

LEONOR. Constante...

DON FÉLIX. En hacer ofensas.

LEONOR. ¿Qué, al fin te vas?

DON FÉLIX. A olvidarte

LEONOR. ¿Qué, al fin me dejas?

DON FÉLIX. Es fuerza,  
y así en tan grave rigor...

LEONOR. Pues en tan fiera tormenta...

DON FÉLIX. Venganza, agravios, venganza.

LEONOR. Paciencia, penas, paciencia.

Jornada tercera

Salen LEONOR y DON RODRIGO.

DON RODRIGO. ¿En agravio de tu honor  
pronuncias eso? ¿Estás loca?

Mira que tu error provoca  
despeños a mi rigor.

Tienes oculto a don Juan  
en tu cuarto, ¡qué insolencia!

¿Y quieres que mi advertencia  
no remedie este desmán?

Mal con la prudencia mido  
lo que debo al sentimiento,  
que es portarme desatento  
ser tan cuerdo en lo sufrido.

LEONOR. (Ap. Obre la sagacidad  
primero que lo impaciente,  
que hay desaire en lo aparente,  
que no es culpa en la verdad.)  
Que oculté en este aposento  
a don Juan confesaré,  
pero siempre afirmaré  
que fue con lícito intento.

DON RODRIGO. Este lunar que atrevido  
de mi honor lo hermoso afea,  
aunque delito no sea,  
basta haberlo parecido,  
no viene a ser triunfo honroso  
ser solo conmigo honrado,  
que si quedo asegurado  
queda el vulgo sospechoso.  
Si a todos de mi opinión  
notorio el desmán avisa,  
para su abono es precisa  
pública satisfacción.  
Remedien decentes modos

lo que tu error deslució,  
pues no me aseguro yo  
si no satisfago a todos.  
Y así, elige, que no espero  
que otros medios convendrán  
morir mujer de don Juan  
o destrozo de un acero.

LEONOR. Pues mi libertad rendida

ha de avasallar la palma  
porque no peligre el alma  
me olvidaré de la vida.  
Si de un necio el desvarío  
se sufre con gravedad  
aun en toda una ciudad,  
¿Qué será en un albedrío  
donde es tan fácil conquista  
a tu antojo la obediencia  
quede la primer sentencia  
no haya apelar a revista?  
En una mujer no creas  
tu opinión mayor rigor:  
Necio y marido, Señor,  
ni aun le admitirá una fea  
Y yo en mi cuerdo advertir  
que es más grave pena entiendo  
un lento morir viviendo  
que un arriesgado morir.  
Y así, entre uno y otro afán  
por menos tormento escojo  
ser estrago de tu enojo  
que ser mártir con don Juan.

DON RODRIGO. Leonor, el querer vencer

lo sofístico, es en vano;  
que des a don Juan la mano  
es mi gusto, esto ha de ser.  
Esto es ya necesidad,  
porque esto en esta opinión  
conviene a nuestra opinión  
y a nuestra comodidad.  
Ten, pues no habrá resistencia  
si te aconseja el honor,  
Para mañana, Leonor,  
prevenida la obediencia. (Vase.)

LEONOR. Libre me dio el albedrío  
el cielo, y hoy sin razón  
quiere para esta elección  
mi padre que no sea mío.

Pues a tu amor he de ser,  
don Félix, agradecida,  
porque he de perder la vida  
o te he de satisfacer.

Sale FLORA.

FLORA. Una mujer, para hablarte,  
pide licencia, Señora.

LEONOR. ¿Pues quién es no dice, Flora?

FLORA. Paréceme en su buen arte,  
viendo en paz la crespada lid  
de su hermosura y donaire  
que es galera de buen aire  
de las calles de Madrid.

LEONOR. Que entre la di.

FLORA. Pues ya voy.

LEONOR. ¿Oyes?

FLORA. ¿Qué tengo de oír?

LEONOR. Flora, mira que hemos de ir  
a hablar a don Félix hoy.

Sale DOÑA ANA con manto.

DOÑA ANA. Al puerto de vuestro amparo,  
del golfo de sus desgracias  
una mujer afligida  
viene a procurar bonanza.

LEONOR. Dichosa seré si puedo  
sosegar esa borrasca,  
que en el mar de vuestras penas  
algún naufragio amenaza.

DOÑA ANA. Hoy podréis de mi deseo  
animar las esperanzas.

LEONOR. Decid, pues, en lo que os sirvo.

DOÑA ANA. Oid, que no seré larga:

hermosísima Leonor,  
cuyas soberanas gracias  
indignamente se estrechan  
en los límites de humanas;  
Yo nací noble, pues debo  
ilustre sangre a la casa  
de más blasón y más nombre  
que se celebra en España.  
Pero tan pobre nací,  
que de quien soy olvidada,  
por ser conmigo piadosa  
fui conmigo misma ingrata.  
¡Oh rigurosa pensión,  
groseramente tirana,  
en quien debe a su valor

obligaciones honradas!  
¿Qué le importa a un noble, a quien  
la fortuna desampara,  
que nazca para ser mucho  
si ha de vivir siendo nada?  
Festéjome en esta corte  
don Juan Osorio, el que aguarda  
para ser esposo vuestro  
sólo el plazo de mañana.  
Obligome con finezas  
venturosas como falsas,  
que siempre las dichas sobran  
donde los méritos faltan.  
Viome, en fin, purpúrea rosa  
en la más florida estancia  
de mi edad, sin mendigar  
los desperdicios del alba.  
Y osadamente atrevida  
su aleva mano profana  
la pompa tiranizó  
de que en mi centro triunfaba.  
Y después de conseguir  
grosera indecente palma  
de mis lucidos verdores,  
mal contenta y bien pagada,  
que aun el hallarse muy dueño  
de una dicha, también causa  
desprecio lo que debiera  
estimar, porque pagara  
a la dignidad hermosa  
la deuda de desdichada.  
Ya advierto que es vanidad  
pronunciar yo mi alabanza;  
mas, ¿cómo he de creerme fea  
viéndome tan desgraciada?  
Hoy, pues, Leonor, he sabido  
que este alevoso se casa  
con vos, aunque vos venís,  
más que gustosa, forzada  
en la boda, no pudiendo  
por vuestro padre excusarla.  
Ved, Señora, si el rigor  
de una pena tan airada  
que bárbaramente rompe  
de mi pecho las murallas,  
es justo sentir; pues cuando  
creí que ya navegaba



con prosperidad mi honor  
en el mar de mi esperanza,  
se levantan sediciosas  
de espuma crespas montañas,  
que si no cierto peligro,  
gran tempestad amenazan.  
No, pues, permitáis, Señora,  
que en el piélago anegada  
en vano mi nave gima  
las iras desta borrasca.  
Ocupe feliz el puerto,  
restitúyase a la playa,  
no me combata el peligro  
donde espero la bonanza.  
No os caséis con quien tan mal  
sus obligaciones paga,  
que aun en él se desconocen  
correspondencias hidalgas.  
Esto os ruego, esto os suplico,  
esto os pido como honrada,  
como mujer, como noble;  
Atended a mis desgracias  
con piadosas advertencias,  
porque hoy en desdicha tanta  
quien viene a vos afligida  
vuelva de vos consolada.

LEONOR. Suspended esa corriente  
de perlas, hermosa dama,  
en quien belleza y desdicha,  
aunque compiten, se hermanan.  
Y esforzad vuestro valor  
con seguras confianzas  
de que hoy desvaneceré  
esa niebla, que profana  
lo claro de vuestro honor  
yo haré con justa venganza  
que si hoy lloráis ofendida  
hoy triunféis desagraviada.

DOÑA ANA. Bien de vuestra sangre noble  
hacéis, Señora, bizarra  
ostentación.

LEONOR.                   Mi fineza  
poco en esto se adelanta,  
pues defiendo yo mi gusto  
defendiendo vuestra causa.

DOÑA ANA. Vuestra seré eternamente.

LEONOR. Esperadme en esta sala,

que voy a hacer que don Juan  
vuestra presencia salga,  
porque habéis de ser testigo  
de cuán vuestra apasionada  
Procedo en esta ocasión. (Vase.)  
DOÑA ANA. No sé cómo pueda el alma  
tanto favor mereceros.  
¡Ay, fortuna. si cansada  
de perseguirme el rigor  
de tus enojos templaras!  
Pero aquí viene don Juan,  
quiero que me halle tapada  
por ver si me desconoce  
de la suerte que me habla.

Sale DON JUAN, y piensa que es Leonor DOÑA ANA.

DON JUAN. Leonor mía, pero ¿cómo  
con manto sales de casa?  
¿No respondes? ¿Qué accidente  
te enmudece y acobarda?  
¿Adónde vas?

DOÑA ANA.                           Antes vengo  
(Descúbrese.)

DON JUAN. ¡Ay de mí! Fortuna airada  
¿Pues cómo...

DOÑA ANA.                           Vive el cielo,  
puesto que con vos no bastan  
ni cautelas prevenidas  
ni finezas declaradas  
para que reverenciéis  
de mi decoro las aras  
que a la obstinada violencia  
de mis...

DON JUAN.                           Advierte, doña Ana...

Sale LEONOR.

LEONOR. Advertid, señor don Juan  
que es conmigo la batalla  
y que es roja la razón,  
prevenid valientes armas.

DON JUAN. ¡Fuerte lance!

LEONOR.                           Oídmelo atento.

DONA ANA. Hoy mi vida se restaura.

LEONOR. Yo arriesgo, señor don Juan,  
gusto, interés, vida y alma,  
advertid vos si estas son  
prendas para aventuradas  
en ser vuestra esposa... No  
parece muy cortesana

la propuesta, pero siendo  
ahora tan de importancia  
el darme a entender, es justo  
que de lo vulgar me valga.  
Callen retóricos, que  
no he de reparar en galas;  
y así, perdonad por Dios,  
que tengo de ser muy clara.  
es verdad que os llamé anoche  
por un papel a mi casa,  
que vos vinisteis puntual  
que os oculté en esa cuadra  
porque mi padre no os viese:  
que al fin os vio, fue desgracia;  
en estos empeños, quien  
oyere estas circunstancias  
juzgará que fue amor todo,  
pues no fue fineza nada.  
Vos hasta ahora ignoráis,  
don Juan, la razón, la causa  
que a llamaros me obligó:  
preciso es ya declararla.  
Pero primero os prevengo,  
porque vitoriosa salga  
de que he menester en vos  
ostentaciones bizarras.  
Llameos, pues, para deciros,  
que aunque con rebelde instancia  
mi padre aspiraba a que  
nuestra boda se efectuara;  
y aunque yo en su ejecución  
convenía, era forzada  
de sus preceptos, no obrando  
con libertad voluntaria;  
porque el casarme con vos  
era imposible, obligada  
mi atención de cierto empeño  
que ora mi decencia os calla;  
y que así, de aquesta boda  
con mi padre os excusarais  
vos, porque no pareciera  
que nacía el estorbarla  
de mi arbitrio; aquesto entonces  
rendidamente os rogaba.  
Pero no os lo ruego ahora,  
porque ya será excusada  
diligencia que yo os pida

lo que es preciso que haga  
vuestra obligación, don Juan;  
no con violencia tirana  
ocupe trono un afecto  
en el imperio del alma.  
Restituid obediencias  
a la razón, no postrada  
de un ciego antojo al impulso  
viva quejosa; a esta dama  
debéis su honor; atended  
señor, a tan justa causa.  
Redimid tan grave empeño,  
no olvidéis tan necesaria  
correspondencia; esforzaos;  
todo lo puede una hidalga  
resolución, una heroica  
bizarría, una gallarda  
nobleza; más pueda en quien  
consigue prendas tan altas  
las razones que le sobran  
que el dinero que le falta.  
¡Oh bienes de la fortuna!  
¿Qué espera quien os alcanza?  
¡Virtud, nobleza, hermosura,  
y todas las demás gracias  
en una mujer que es pobre,  
son dote en moneda falsa!  
Bien sé que conseguiré  
esta persuasión la palma  
en vuestro prudente acuerdo,  
y advertid bien, por si os llama  
Este afecto, que el casaros  
conmigo, aunque interesada  
conveniencia lo juzgáis,  
don Juan, hoy, quizá mañana,  
le costara vuestro honor  
alguna grave desgracia.  
Consultad vuestra cordura,  
que una mujer arrestada  
atropella muchas honras  
por lograr una venganza.  
Dichoso puerto procuran  
estas naves, amparadlas;  
una piadosa os invoca,  
otra advertido os aclama.  
Nuestra razón os anime,  
vuestro interés os persuada,

para que quietando el golfo  
que tormentos amenaza,  
ni la una pierda el honor  
ni la otra cautive el alma. (Vase.)

DOÑA ANA. Yo, ingrato, vil caballero,  
ni con iras ni con ansias  
afectuosas será bien  
declararme apasionada.  
Más conveniente remedio  
para su dolencia el alma  
prevendrá; yo me valdré  
de la acción más acertada,  
entrenando los desaires  
que contra mí se desmandan.  
Yo tendré, en tan fuerte empeño  
animosa y temeraria,  
hoy para el agravio aliento,  
valor para la venganza.

Vase, y DON JUAN va tras ella diciendo estos versos, y encuentra con DON RODRIGO.

DON JUAN. Espera, aguarda, no pienses  
que he de casarme, doña Ana,  
con Leonor. (Ap. ¡Pero qué miro  
oyome el viejo. ¡Que nada  
me suceda bien!)

DON RODRIGO. ¡Oh cielos!

¿Que esto escuche? ¡Pena airada!  
hablemos, hablemos claro,  
señor don Juan, que pues pasa  
a extremo esta inadvertencia,  
no es justo disimularla.  
Vive Dios, que aunque en mi pecho  
tibios ardores mis canas  
arguyen, que en mi valor  
arden juveniles llamas,  
tanto, que para abrasar  
a todo el orbe, si osara  
de mi honor oscurecer  
las antorchas soberanas,  
sin costarme gran fatiga  
mucho incendio me sobrara.  
Si acaso juzgasteis leve  
empeño el de la pasada  
ocasión, o fuese culpa  
o galantería, es falsa  
presunción; devaos lo cuerdo  
noticias más acertadas,  
que en él perdió mi opinión

créditos que no restaura,  
si no es dándole la mano  
a Leonor; bien informada  
queda ya vuestra advertencia,  
don Juan, de lo que ignoraba;  
y mirad no ocasionéis  
en mi alguna destemplanza.  
Todo queda prevenido  
para que os caséis mañana;  
yo me lo negociaré,  
que no he de deberos nada. (Vase.)

DON JUAN. Buena esperanza me da  
de padre. ¿Hay quien no se asombre?  
¿Aun no lo ha sido en el nombre  
y es suegro en las obras ya?  
¡Cuando juzgué que a Leonor  
obligaba mi cuidado,  
severa ha desengañado  
las finezas de mi amor!  
Tanto, que me dio a entender,  
¿Quién creyera caso igual?  
Que pudiera estarme mal  
quererla para mujer.  
Yo excusaré el sentimiento  
desta prevista dolencia,  
curándome en la advertencia  
antes que en el escarmiento.  
Que quien entra a ser marido  
de indicios no asegurado,  
o quiere ser desdichado  
o puede ser muy sufrido.  
Niéguese, pues, a este injusto  
afecto mi ciego error,  
que aunque me llama el amor,  
Primero es la honra que el gusto. (Vase.)

Salen DON FÉLIX y PEPINO.

DON FÉLIX. Fortuna, siempre mudable,  
¿Quién te alcanza permanente?  
Si estable eres solamente  
en no ser jamás estable.

Salen por una puerta DON RODRIGO; DON JUAN y DOÑA ANA por otra.

DON RODRIGO. Señor don Félix, mirad  
que tiene que hablar mi acero  
con vos aparte, escuchad.

DON FÉLIX. No sé que pueda obligaros  
a mostraros descompuesto  
conmigo.

DON RODRIGO. El haber sabido,  
don Juan, el deslucimiento  
de Leonor y de mi honor.

DON FÉLIX. Oíd, señor don Rodrigo,  
que si me escucháis atento,  
quizá podrán mis razones  
excusar esos extremos.

DON RODRIGO. Primero de mi venganza...

DON FÉLIX. Que luego reñir podremos;

lugar habrá para todo;  
pero escuchadme primero.  
Siempre Leonor contradijo  
de don Juan el casamiento  
por atender cariñosa  
a mis amorosos ruegos,  
porque ha seis meses que yo  
cortésmente la festejo;  
y aunque ocultó aquella noche  
a don Juan en su aposento.

Le llamó para decirle  
que a los tratados conciertos  
de su boda se excusase.

Aquesto es cierto, y es cierto  
también que debe don Juan  
pagar con justo respeto  
la mayor obligación  
hoy a aquesta dama, siendo  
su esposo; él, Señor, está  
resuelto a casarse; luego  
yo también lo estoy a dar  
la mano a Leonor, si en esto  
venís, que de aqueste daño  
ese solo es el remedio;  
mirad si vos lo quedáis;  
que yo ya estoy satisfecho.

Si de esta suerte os parece  
que soy bueno para yerno,  
esta es mi mano, y si no  
riñamos, que este es mi acero.

DON RODRIGO. Siendo desta suerte todo,  
yo soy quien más intereso  
en granjearos por esposo  
de Leonor, que aunque mi intento  
fue casarla con don Juan,  
siendo tan grande este empeño,  
Primero es la honra que el gusto.

DON JUAN. Y yo mi mano te entrego,

cumpliendo mi obligación.  
DOÑA ANA. Aunque esté en duda, la aceto,  
por redimir mi flaqueza.  
PEPINO. Con lo cual esto está hecho;  
estos señores se casan;  
yo también hago lo mismo  
con Flora, con que se da  
dichoso fin a este cuento.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

